

XVII CERTAMEN RELATOS BREVES MUJERES


SANTACRUZ

El corazón de Tenerife





XVII CERTAMEN
DE RELATOS BREVES
M U J E R E S

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de esta edición 2022

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de los textos de los relatos

Las autoras

Ilustradora

Luz Sánchez Aguilar (Pendientera)

Maquetación

Mónica Pedrós

Impresión

Litografía Gráficas Sabater, S.L.

Depósito Legal

TF 162-2023

XVII CERTAMEN
DE RELATOS BREVES
M U J E R E S

María Jesús Martín Rizaldos

María Maite García Díaz

Nuria García González

Antonia López Valera

Laura Urcelay

Saro Díaz Monroy

Santa Cruz de Tenerife 2022

Índice

- 08 Presentación
 Jose Manuel Bermúdez Esparza
- 10 Prólogo
 Fátima Martín Rodríguez
- 14 Solamente lejos de Kabul
 María Jesús Martín Rizaldos
- 26 Toda una vida
 María Maite García Díaz
- 38 Asuntos Propios
 Nuria García González
- 50 Antonia López Valera
 Cueva Roja
- 60 Programa de castigo
 Laura Urcelay
- 70 Textura de un silencio
 Saro Díaz Monroy
- 79 Jurado

Presentación

Como cada año, durante el mes de marzo, Santa Cruz de Tenerife rinde homenaje a mujeres escritoras que participan en el Certamen de Relatos Breves, este año en su XVII edición.

En primer lugar, debemos destacar la calidad de los trabajos presentados, entre los que ha merecido el primer premio el relato de María Jesús Martín Rizaldos, *Solamente lejos de Kabul*. Una terrible narración en la que su joven protagonista, Sodaba, vive en una sociedad que asfixia a las mujeres, sus derechos y libertades, una sociedad donde la intolerancia y el extremismo religioso ocupa cada rincón de la vida cotidiana. Literatura e imaginación, pero sobre todo la música, permiten que esta joven sobreviva en la Afganistán de nuestros días, que es un ejemplo de muchas zonas del Planeta donde, por desgracia, las mujeres deben luchar cada día por recuperar su espacio en la sociedad, con plenos derechos y libertades.

Como María Jesús Martín, merecen una mención el resto de las premiadas y trabajos distinguidos: Nuria García González (*Asuntos propios*), María Maite García Díaz (*Toda una vida*), Antonia López Valera (*Cueva roja*), Laura Ruiz Benito (*Laura Ucelay, Programa de castigo*) y Rosario Díaz Monroy (*Sara Díaz Monroy Textura de un silencio*).

Todas ellas, protagonistas de un certamen que vuelve a utilizar la calidad de unos textos como vehículo para dar voz a la producción artística con nombre de mujer, a una visión del mundo, de la justicia social, de los sentimientos, desde la óp-

tica de las mujeres, y que viene a complementar las iniciativas organizadas por el Ayuntamiento con motivo del Día Internacional de la Mujer.

En este sentido, debemos poner en valor el trabajo del área municipal de Igualdad, no solo por la organización de este certamen, sino también del resto de las actividades dirigidas a visibilizar a las mujeres y a señalar los pasos que quedan por recorrer para alcanzar la tan ansiada plenitud de derechos e igualdad.

A todas, trabajadoras municipales, miembros del jurado, y participantes en el certamen, gracias por contribuir con su esfuerzo a hacer de esta capital una ciudad más justa e igualitaria.

Jose Manuel Bermúdez Esparza
Alcalde de Santa Cruz de Tenerife

Prólogo

La escritura es uno de los rasgos que distinguen a la humanidad de otros seres de nuestro planeta, así lo parece hasta nuevo aviso. Por esta razón tiene tanta relevancia la celebración que hacemos con el XVII Certamen de Relatos Breves Mujeres 2022 del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, un homenaje a la escritura en toda su amplitud y libertad.

Se considera demostrado que la escritura surge tras el habla, tal vez por el deseo humano de dejar huellas, de tallar la voz esparcida en el aire para que no se pierda en la nada y se convierta en el tejido de la memoria. Han surgido jeroglíficos, signos cuneiformes, ideogramas y alfabetos. Fueron enigmas que se anhelaron desentrañar para abrir el cofre de sus significados, para entender los pensamientos de sus creadores en la bruma de los tiempos. Es difícil evitar la admiración ante un papiro egipcio o un texto japonés, o al evocar los primeros alfabetos arábigos, rúnicos, cirílicos o tibetanos, como otros tantos. Al parecer son más de siete mil los idiomas que existen en el mundo en un recuento realizado durante el año 2022, sin embargo, un tercio de ellos están en peligro de extinción. Cuánto por decir, por expresar y, sobre todo, en español, el segundo idioma más hablado del planeta, aunque curiosamente el territorio que tiene mayor número de lenguas es Papúa Nueva Guinea con cuatro idiomas oficiales y unas ochocientos cincuenta lenguas no oficiales.

Ante este mapa de palabras, surge un entusiasmo optimista sobre las posibilidades que ha generado la humanidad para expresar a otros individuos todo lo percibido, pero para lograr esta interlocución es necesario conocer las reglas del juego, disponer del conocimiento que permite utilizar este sistema prodigioso. Todos sabemos que la alfabetización indispensa-

ble para tejer las palabras no se halla en muchos territorios de este viejo mundo, y peor aún, no se reparte de forma equitativa entre su alumnado. Esta bella palabra, alfabetizar, es un joyero etimológico que entraña la acción de enseñar a leer y escribir para dotar de capacidades. Esto es un factor primordial para que un ser humano pueda desarrollar su existencia con dignidad y disfrutar de sus derechos.

El tesoro de la educación y el acceso a la información determinará de forma fundamental la vida de una persona. Según la UNESCO, en el mundo no saben leer ni escribir unos 758 millones de adultos mayores de quince años, pero por un cúmulo de razones inquietantes, de esta escandalosa cantidad de seres, más de 500 millones son mujeres. Esto las condena a la exclusión de las oportunidades por el mero hecho de ser mujer, al priorizarse los recursos sobre los hombres por legados culturales borrascosos. Tal ignorancia les impide los conocimientos necesarios para comprender el mundo que les rodea, sus señales, sus avisos, sus símbolos y, por ello, no entienden los caminos, los trámites, las tecnologías, los métodos, los derechos de los que dispone todo ser humano.

Ser escritora es un prodigio que requiere paciencia y coraje. Han existido mujeres que abrieron rutas, que trazaron sus letras e iluminaron el camino desde días remotos como sucedió hace cuatro milenios con Enheduanna, hija de Sargón el Grande, sacerdotisa en el templo de Ur. En sus tablillas de arcilla marcó con su escritura cuneiforme el mito de Inanna y Enki para la eternidad. Este fue el inicio de la literatura, firmada por una mujer, más antigua que se conoce y dónde comentó sus dificultades ante el espacio vacío, para mostrarnos así que ya se sufría el vértigo literario de la inspiración en aquella Mesopotamia.

El pequeño sendero empezó a extenderse y por él continuó Safo, a la que llamaron "Décima musa", con sus diez mil líneas de líricas musicales sobre la vida y la naturaleza que

hasta cantó Platón en la antigua Grecia. Hay que hacer un salto en el aire hasta la Edad Media para encontrar los siguientes textos conservados y escritos por mujeres, las poetisas *Trobairitz*, cuando solo podían manuscibir los hombres. Trazaron sus poemas de amor hacia los hombres en la lengua occitana del siglo XIII pero cayeron en el lago del olvido hasta ser rescatadas en el siglo XX. Ya en estas letras, María de Francia exigió su libertad para crear como los hombres y Biers de Romans se atrevió a dedicar su poesía a otra mujer. La travesía continuó con los orgullos y prejuicios de Jane Austen al final del largo siglo XVIII bajo el disfraz de su seudónimo *By a Lady*, y nació el sublime *Frankenstein* de Mary Shelley, posiblemente la primera obra de ciencia ficción de la historia, seguida por las hermanas Brontë, en el XIX, que nadaron por la moral victoriana a contracorriente.

A partir de este siglo, Occidente va modificando su mirada del mundo y nacen brisas sobre la conciencia de la individualidad y el derecho a desarrollarla con libertad, son los aromas del Romanticismo en el que el individuo trata de superar tradiciones heredadas. Las mujeres intentan acceder a este amanecer y se cuelan poco a poco en la educación y en los espacios públicos, dónde empiezan a cuestionar sus límites en el mundo y alzar la voz, o a escribirla. Virginia Woolf lo hará en el cercano 1928 en *Una habitación propia*, texto vigente en el presente. Su ensayo expresa sin titubeo los obstáculos que surgen ante las mujeres que escriben y exhibe la ausencia de escritoras en el canon de literatura universal de las obras maestras que perdurarán y forman el patrimonio literario de los países. Denuncia así el veto que se hace a las mujeres en la cultura.

Es evidente que entrar en *Los pazos* de Emilia Pardo Bazán, nadar en *Las Olas* de Virginia Woolf, escuchar los *Cantares* de Rosalía de Castro, entender *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, sentir *La desolación* de Gabriela Mistral, conmoverse con *El dulce daño* de Alfonsina Storni y conocer con Emily

Dikinson que *el agua se aprende por la sed*, son sin duda, viajes por letras universales que han influido en el torrente de la sabiduría literaria mundial.

Estos son los fragmentos conocidos de las valientes que escalaron los acantilados, pero lo que me apesadumbra es pensar en el gran océano de las mujeres ausentes en la percepción del mundo, lo que ha agujereado verdades, sabidurías y descubrimientos, no solo para la mitad de la humanidad, sino también para la otra, la de los hombres. ¿Cómo vieron ellas Egipto, el Camino de Santiago o la erupción del Vesubio? ¿Qué pensarían las mayas del mundo? ¿O las celtas? ¿O las guanchas? ¿Cómo vivían las selvas, las sabanas, los desiertos y los hielos? ¿Y las guerras? ¿Y las paces? ¿Cómo calcularían los días o las noches, las constelaciones o las distancias? ¿Qué pensarían de las tormentas, del miedo o del valor? ¿Qué era lo importante, lo extraño o lo deseado? ¿Qué pensamientos nos hemos perdidos?

Tengo una curiosidad, o más bien un deseo, al observar el paisaje de la literatura de las mujeres, las escritoras que escalan los farallones para expresar sus vivencias y sus contextos devastados, como lo expresó la sabiduría que Ortega y Gasset: *Yo soy yo y mis circunstancias*. Tales circunstancias tiñen las existencias, tiñen las tramas y los versos. Me he preguntado a menudo cómo serían las palabras que surgirían cuando se logre allanar el terreno y todos estemos al nivel del mar, el que sitúa las miradas de frente. ¿Cómo será la escritura que se derrama sin estorbos sobre el papel blanco y vacío?

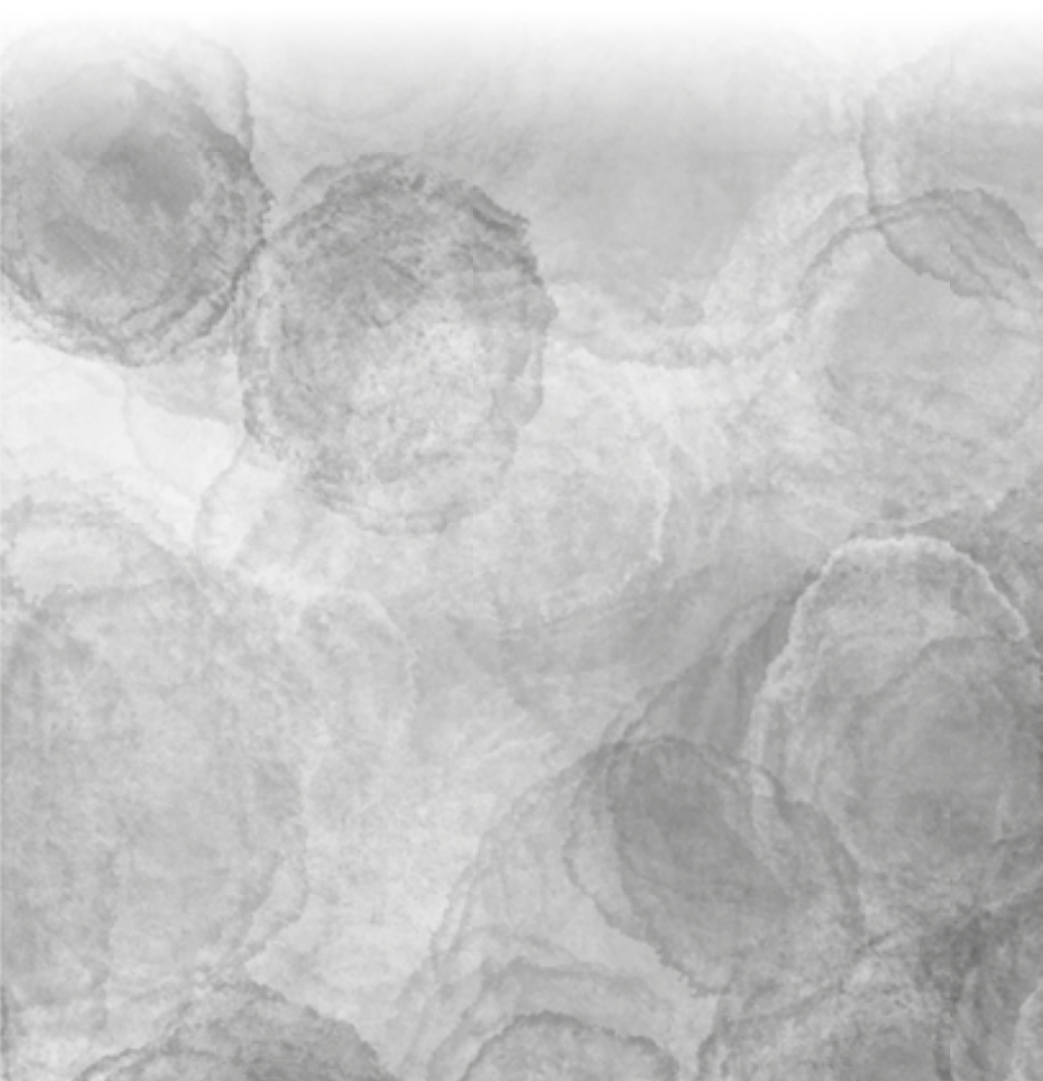
Este libro continúa el camino de Enheduanna, nuevos pasos, escritoras que suben a lo alto del acantilado.

Fátima Martín Rodríguez
Escritora

PRIMER
PREMIO

Solamente lejos de Kabul

María Jesús Martín Rizaldos



MARÍA JESÚS MARTÍN RIZALDOS

Soy licenciada en magisterio por la Universidad de Castilla-La Mancha. Decidí formarme como monitora de yoga tras mi maternidad, y a esta disciplina me dedico profesionalmente. En mi tiempo libre me gusta leer y en ocasiones siento el impulso de escribir. La historietista franco-iraní Marjane Satrapi es una brillante inspiración, también el hecho de vivir muy próxima a los asentamientos de chabolas de la Cañada Real me ha servido para concienciarme y profundizar en la situación de la mujer musulmana. Considero que ante la injusticia la denuncia es un primer paso crucial para combatirla, y la palabra escrita una herramienta clave para erradicarla. Las noticias que llegan de Afganistán me parecieron tan horribles, en especial en lo relativo a la represión de las mujeres y a la supresión de sus derechos, que decidí plasmar ese espanto humanitario provocado por la pesadilla del régimen talibán en un relato que sirviese tanto de documento y testimonio, cuanto reflejo en la ficción está basado en hechos verídicos, como de aldabonazo ético que sacudiera una cierta actitud ignorante o tal vez sencillamente pasiva e indiferente. Si lo logré habrá sido la culminación de mi propósito y deseo originales.

Solamente lejos de Kabul

(PRIMER PREMIO)

El sótano es angosto, un reducto estrecho y de baja altura con suelo de cemento sin pulir, en las paredes están clavados algunos pósters, y a lo largo de las estanterías que se superponen en el fondo se encuentran dispuestos objetos muy variados, frascos, botellas, y algunos adornos y figuras que recuerdan viajes y momentos memorables. En un rincón, sentada y con los ojos cerrados para poder contemplar mejor la textura de cada sonido, Sodaba oye la sinfonía Incompleta de Schubert. La música llena el espacio reducido como un mar cuyas olas mecen dulcemente a un nadador que se adentra en su acogedora inmensidad. Sodaba se siente flotar, inmersa de lleno en el ahora, olvidada de todo, reconfortada en la memoria satisfecha. De repente, irrumpiendo exigente, a través de la trampilla le llega la voz de su madre, reclamándola, es una disonancia en la perfección de su utopía sonora. Ella quiere creer que la voz callará, y la dejará continuar sin percance en su retiro, en su paz de notas y melodía, pero la voz insiste, persevera sabedora de que sólo así podrá ser acatada. Vamos hija, sube, la comida ya está en la mesa, y Sodaba no tiene más remedio que apagar el pequeño radiocasete, desconectar su sueño escondido, y subir las escaleras para asomarse de nuevo al mundo que hay afuera, y en el que ya no suena música, abolida por decreto.

Sodaba recorre un corto pasillo y llega al salón. Allí ya están sentados en torno a la mesa su padre y su hermana. Su madre sirve el tradicional pulaw, arroz con hortalizas y carne de borrego. La omnipresente televisión, desde que su padre perdió su trabajo como periodista no hace otra cosa que pasar las horas del día frente a su pantalla relampagueante, genera una

atmósfera chillona e invasiva. Saluda Sodaba con apenas un murmullo y se sienta en su silla de siempre y en el lugar que le corresponde por costumbre. Su hermana la observa y la sonríe cómplice. La madre al fin se sienta y todos comen en silencio mientras la televisión pregona unos anuncios de estridentes colores que centellean una cambiante fosforescencia. Concluida la publicidad la emisión se vuelca en los fastos que anoche conmemoraron el primer aniversario de la retirada de las tropas de Estados Unidos, y el inicio del autodenominado Emirato islámico comandado por los fundamentalistas talibanes. La familia ve desplegarse ante su atención abrumada los fuegos artificiales que congregaron a cientos de islamistas, las imágenes muestran hombres barbudos y armados que entre vítores bailan en la atmósfera centelleante que iluminan los cohetes festivos mientras ondean su bandera blanca inscrita con el Shahada, la profesión de fe islámica que declara la creencia en un único Dios de acuerdo con las enseñanzas del profeta Mahoma, y que es el símbolo del Emirato instaurado tras el fin de la invasión extranjera de las últimas dos décadas. Luego aparece en la superficie del televisor un hombre con un turbante negro que armoniza con su tupida barba negra, es Zabihullah Mujahid, el principal portavoz del régimen, deseando al pueblo afgano una “feliz libertad” después de la “independencia del país de la ocupación estadounidense”. Con vehemencia y exaltación religiosa el líder islamista proclama que “protegeremos el sistema islámico, la paz y la unidad nacional que se lograron con grandes sacrificios, con voluntad firme y creencia islámica. Confiando en la ayuda de Alá todopoderoso, una fuerza invencible equipada con una fuerte fe”. Tras estas palabras la pantalla se llena de soldados sincronizados que desfilan marcialmente en la antigua base americana de Bagram. Hadia señala que durante los próximos días habrá que tener especial cuidado, con las exhibiciones del aniversario los talibanes se sienten más fuertes y más

estrictos en su celo. El padre refunfuña algo que no llega a articular, un insulto que ha salido a borbotones de su impotencia acorralada. Mientras recoge los platos Fadila, la madre, saca a relucir de nuevo un tema espinoso, el de la televisión. Vuelve a decir que convendría venderla. Es una buena televisión y podrían obtener un buen precio por ella. De este modo podrían abastecerse de comida durante un período de tiempo, saldar las deudas más acuciantes, y tener cierta tranquilidad en el futuro inmediato, pero su marido, como viene haciendo cada vez que se debate la cuestión, alza el tono y con enfado se cierra en banda y asevera que la televisión no se venderá, que no se hable más del asunto, que ya pensará él alguna manera de comprar comida, algo se le ocurrirá, y baja la vista y aprieta los labios creando un silencio eléctrico. Hadia, la hermana mayor de Sodaba, trabaja en la Universidad como profesora, y aunque conserva su empleo desde hace varios meses no recibe su salario. Comenta que han de confiar, que deben mantener la esperanza, que tendrá que recibir su salario antes o después, que no podía tardar ya en suceder. Y entonces podrán sobrellevar esta situación con más desahogo, pero lo cierto es que el tiempo transcurre y da la sensación de que su nómina hubiese sido borrada de la faz de la tierra. Aun así todos se aferran a ese dinero que conjura Hadia, y que tiene que aparecer, así pretenden convencerse combatiendo el desconsuelo, y más sosegados dan buena cuenta del postre, unos deliciosos polvorones. Para distender la reunión Hadia comenta que los talibanes quieren a los afganos libres pero consideran la docencia una indecencia y por eso prohíben ir al instituto a las chicas jóvenes para que puedan ser así libres, y su ironía extrae un brillo aprobatorio de la mirada de sus familiares. Al concluir la comida las tres mujeres recogen la mesa, friegan diligentes, y ordenan con esmero los cubiertos. Mientras realizan estas labores el padre permanece sin apartar sus ojos de la televisión, hipnotizado, impassible al trasie-

go de su familia. Cuando Hadia anuncia que tendrá que salir para realizar unos trámites en las oficinas del rectorado de la Universidad, su madre ensombrece su rostro y le advierte que no debería hacerlo, que hay que eludir el peligro de exponerse. Le recuerda que no es seguro andar sola por la calle. Pero Hadia no puede posponer sus gestiones, así lo argumenta, y confirma que a pesar de todo tendrá que salir, pero que irá con mucho cuidado, que no se preocupen, no pasará nada. La madre le avisa de que no se le ocurra salir sin cubrirse por completo de los pies a la cabeza. Saldrás con el burka, le conmina severa, y le trae a la memoria el miedo que pasó la última vez que se aventuró en el exterior sin cubrirse el rostro, las malas maneras de los talibanes que la detuvieron y sus amenazas en nombre de la Sharía, la sagrada ley coránica que han impuesto por todo el Emirato. Hadia contesta que así hará, que no se deje alterar por el temor, que sabe de sobra cómo se las gastan los centinelas del dogma, mientras su boca hace un gesto triste, desvalido e inconforme. Como una sacudida que la estremece Hadia rememora cómo los talibanes desmantelaron el Ministerio de la Mujer y lo sustituyeron por el de la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio, y cómo cualquier crítica que se haga al gobierno se considera un crimen, y siente que vivir ahora en Afganistán para una mujer significa una muerte a cámara lenta, y se da cuenta de que los últimos meses han sido negros como un profundo túnel del que no se halla la salida, y reacciona sin palabras fundiéndose en un abrazo con su madre y con su hermana. Sodaba pide a Hadia mucha cautela en la calle, y se marcha a su alcoba. Mientras se aleja su madre le dice que tenga paciencia, que llegarán mejores momentos, que no se deje abatir, pero Sodaba desaparece como si no hubiese oído nada y con suavidad cierra tras de sí la puerta. La madre se queda pensativa. Sabe que Sodaba llora mucho por las noches y está siempre triste. Recuerda lo alegre que era antes, y sonrío con esa imagen del

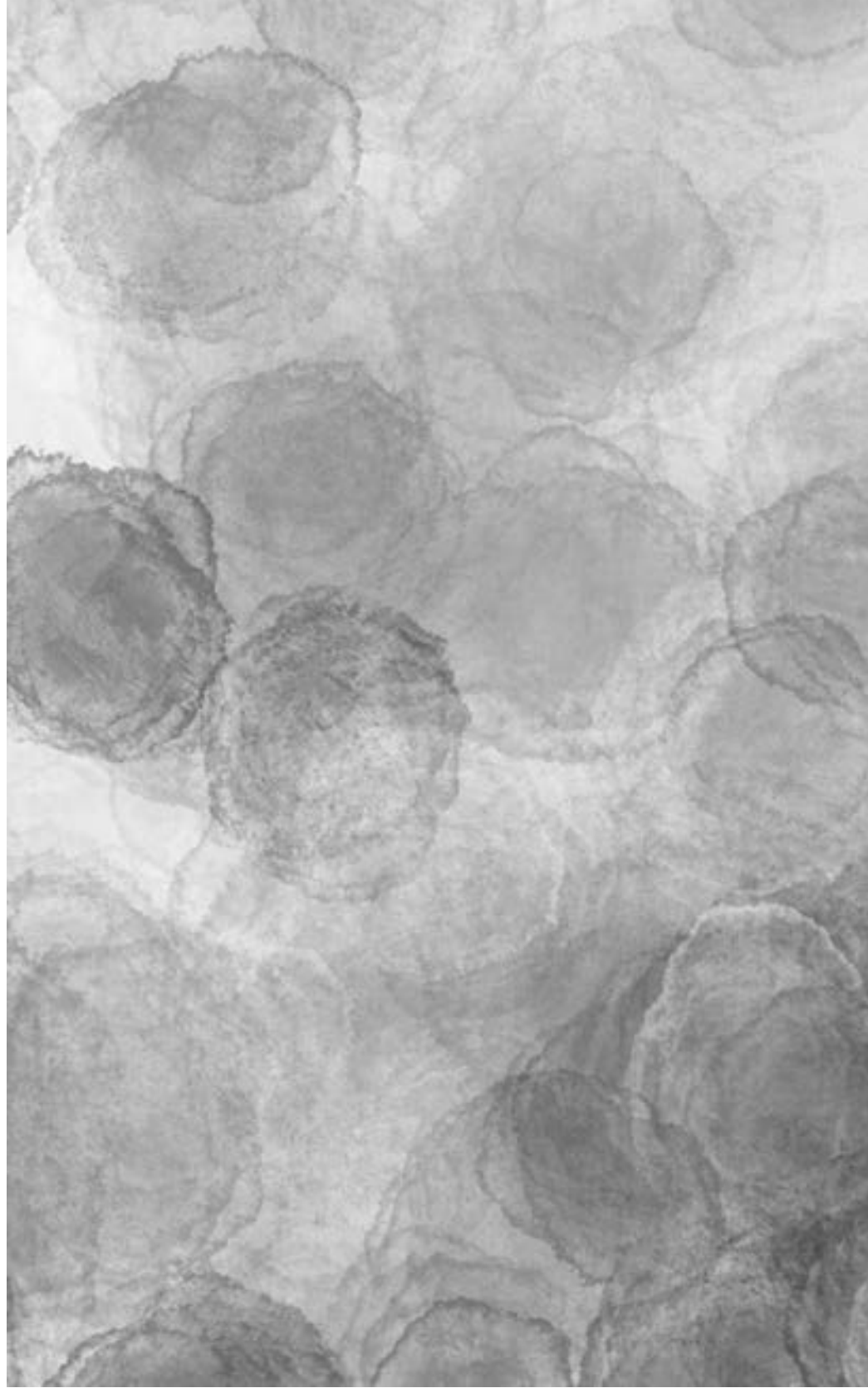
pasado, con esa hija cuya vitalidad era puro brillo. Repara al fin en su marido que no aparta la mirada de la televisión pero cuya mente sabe que no deja de pensar y dar vueltas agobiadas, y se sienta a su lado mientras le coge con cariño su mano.

Encerrada en su habitación Sodaba se sienta junto a la ventana con las cortinas cerradas. Así se aísla e impide que la puedan ver, en estos tiempos lo mejor es permanecer invisible, su madre le tiene prohibido asomarse al exterior por el temor a la intromisión de los talibanes. Quieta y atenta escucha el bullicio que asciende de la calle e imagina lo que pasa afuera, a los que van y los que vienen, el tráfico atrapado en un agolpado colapso, a los vendedores que anuncian pertinaces sus productos, a los que se afanan en sus tareas cotidianas en las puertas de sus tiendas, y a los que curiosean sin otro propósito que observar; recrea el pulso de la ciudad. Como no sale nunca ahora imagina la vida, la sueña en soledad, desde su encierro, desde la prohibición de seguir estudiando. Desde la frustración de su juventud truncada. Sobre la mesa tiene diseminados sus libros de la universidad, los libros con los que pretendía y se esforzaba en alcanzar su deseo más profundo: convertirse en directora de orquesta. Porque para Sodaba la música es su dios, y ahora ese dios ha sido expulsado y sólo suenan las llamadas a la oración y en todos los locales se escuchan letanías del Corán, la música ha sido desterrada como un enemigo inadmisibles. Ojea los libros, repasa sus capítulos, los sostiene entre sus manos con devoción. Aunque sabe que el departamento de música de la universidad de Kabul ha sido clausurado ella no abandona su pasión, y cada día sigue estudiando y aprendiendo. Su madre y su hermana la aconsejan resignarse y asumir que tendrá que olvidar la música y preparar otra carrera, pero ella se rebela y no lo puede aceptar, no puede renunciar a su sueño, de igual modo que no puede renunciar a su dosis diaria de agua. A través de la puerta So-

daba oye cómo su hermana se despidió de sus padres y se marchó. Abre un ínfimo resquicio en las cortinas y espía la calle. Su hermana, tapada por completo y caminando aprisa, se pierde entre el gentío que transita de arriba abajo. La observa desaparecer, tragada por la muchedumbre, y vuelve a tapar herméticamente la ventana, de vuelta a la seguridad invisible de su refugio. Su mirada repara en su fotografía favorita y se pone a contemplarla nostálgica, recordando cómo hace sólo unos meses aún estudiaba para preparar los exámenes, y organizaba quedadas con sus amigas, cómo se divertían. En la imagen ella posa radiante en un día de esplendor. Tiene una blusa naranja y una holgada falda negra que vuela airosa sobre unas mallas ajustadas. Su sonrisa está perfilada por unos labios de fulgor carmesí, y su melena suelta ondea al viento mientras ella sujeta con dos dedos un mechón de pelo que se curva levemente. Sodaba compara esa foto con su aspecto actual, siempre con el cabello cubierto, vistiendo ropas de colores oscuros y con el rostro tapado, compara ese pasado reciente con este presente autoritario y en sus ojos tiembla una emoción líquida. Comprende Sodaba que tal y como se encuentra es inútil que intente estudiar en esos momentos, se siente demasiado nerviosa, muy alterada, su corazón como un pájaro enjaulado que se topa una y otra vez con unos barrotes inflexibles. Y cuando comienza a oír al muecín que desde el alminar de la mezquita convoca a los fieles, ella, como si con su actitud se enfrentase a la orden de llamada y la aboliese, coloca cuidadosamente los libros que había estado consultando, y sale con sigilo de la habitación para dirigirse al sótano. Sin hacer ruido, caminando como si levitase, porque sabe que si su madre la oye la reprenderá, porque no quiere que se encierre abajo, porque se preocupa si ella opta por guarecerse en el sótano, por eso los pasos de la joven son cautos, como sombras de pisadas. Recorre con camuflados movimientos felinos el pasillo, abre muy despacio la trampilla

y penetra en su escondite. Por fin respira con calma. Busca entre su vieja colección de cintas y escoge a Mozart, su sinfonía predilecta, la número 39. La introduce en la ranura del radio-casete y pulsa el play. La música al instante la envuelve y ella siente algo que denomina libertad. Algo que sólo puede sentir aquí abajo, en su reducto secreto, en este lugar donde la música no está prohibida y puede embriagarla con su magia ilimitada. Sólo lejos de Kabul Mozart puede seguir existiendo y su música palpar como un sol que derrocha bendiciones, sólo lejos, en lo más apartado, como cuando se encierra en el sótano que para ella significa viajar a la remota región donde aún los corazones pueden volar libremente, sin ataduras ni miedos, en un cielo infinito y azul. Sodaba goza, ajena ahora al dolor que impera arriba. Y algo hermoso como la esperanza la hace creer que todo mejorará, reconfortándola. Va transcurriendo la tarde, y anunciándose el crepúsculo en las calles populosas, y Sodaba ha olvidado el tiempo, inmersa en una ingrátida coordenada insólita, como si estuviese en un mundo fuera de este mundo medido y limitado, atrocemente censurado. Mientras se deja mecer por el placer de este sentimiento percibe un revuelo sobre su cabeza, en la casa de repente agitada, ruidos y sofoco, una alteración asustada. La joven rápidamente sube las escaleras y se asoma preocupada. Corre al salón. Allí su hermana llora mientras es abrazada por su madre y su padre se lamenta descorazonado. ¿Qué ha pasado?, pregunta Sodaba mientras contempla aterrada la escena. Su padre explica, maldice, críspas sus palabras. Hadia había ido a protestar, a decir que no a la represión, a decir que basta al sometimiento de las mujeres. Y había sido detenida, la atraparon y se la llevaron a una comisaría. Los infames la han golpeado, dice desencajado, la han golpeado en los muslos y el pecho. Y Sodaba comprende al instante el sentido de la violencia. Eso es lo que hacen ahora los torturadores, golpear así a las mujeres, en esas zonas íntimas, para asegu-

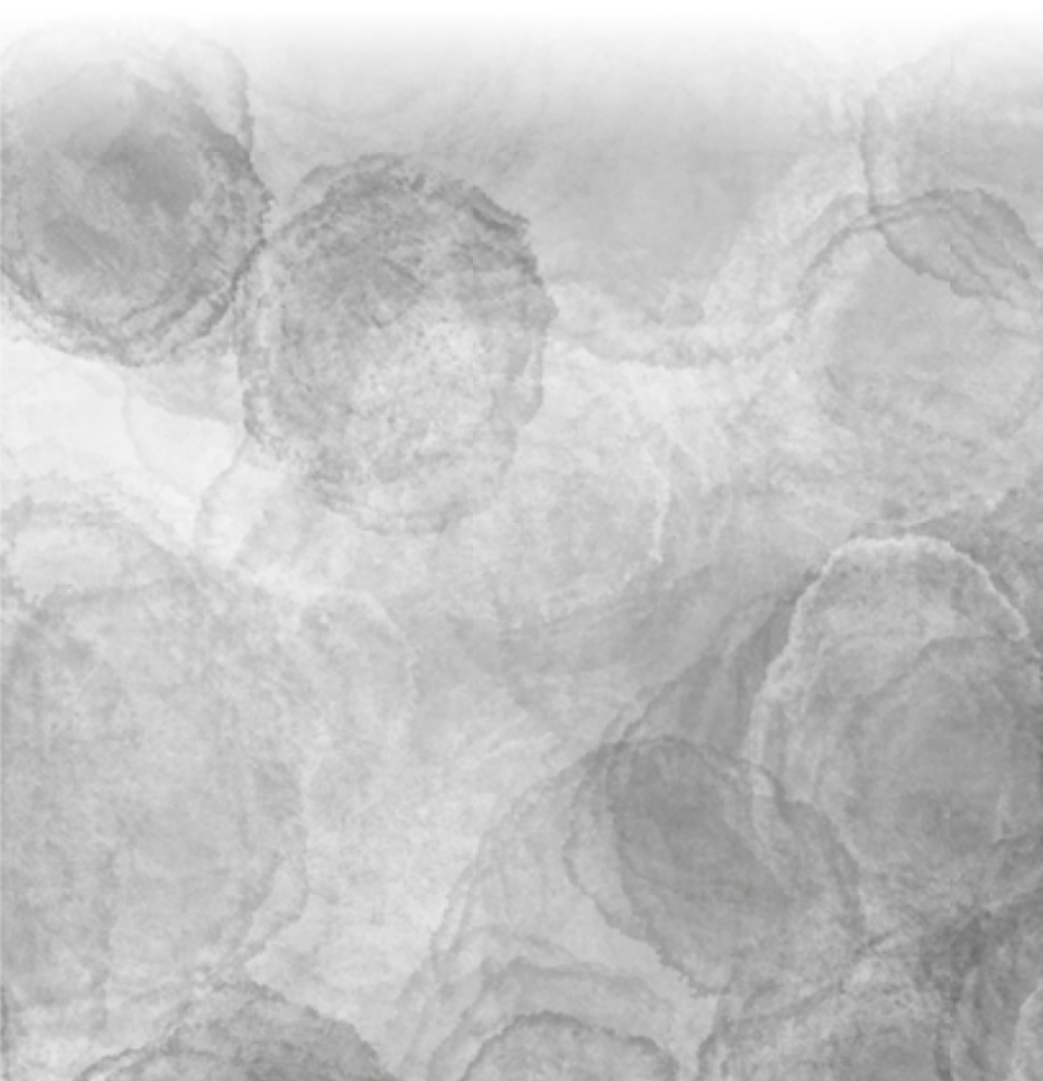
rarse de que no publicarán fotos para denunciar el maltrato. Hadia solloza escondiendo su rostro en el hombro de su madre, su cuerpo encogido se convulsiona con breves espasmos, incontrolables, indefensos. Entrecortadamente balbucea que los cobardes no vencerán, nunca, repite una vez y otra, nunca, haciendo de la palabra un ariete audaz... Sodaba abraza a su hermana en silencio, con amor inmenso, y las tres mujeres forman una piña repleta de luz. A través de la trampilla abierta del sótano se filtra la música de Mozart que apaga con su belleza todos los ruidos de la calle.



ACCÉSIT MEJOR AUTORA LOCAL

Toda una vida

María Maite García Díaz



MARÍA MAITE GARCÍA DÍAZ

Licenciada en Filología Clásica, especializada en lexicografía griega, con varios artículos de investigación publicados y un libro en coautoría, *Textos griegos para la igualdad*. Quinto de Esmirna. Recursos didácticos para el aula, con el que se pretende fomentar el debate y la formación sobre cuestiones universales de género e igualdad a partir de los textos griegos. Es titulada en Prestación de Servicios Bibliotecarios y ha sido administrativa en una academia y en un gabinete de peritos. Actualmente pertenece al Personal de Administración y Servicios de la Universidad de La Laguna y trabaja en su tesis doctoral.

Escritora habitual de fanficción, microrrelatos, cuentos y relatos breves, publica en obras colectivas, antologías y revistas internacionales especializadas. En dos ocasiones ha sido finalista del Premio Internacional Julio Cortázar de Relato Breve de la Universidad de La Laguna, en 2017 con *“Cordepetra”*, y en 2019 con *“El señor Anselmo”*. Su primera novela, *Señora Collins. Una variación de Orgullo y Prejuicio*, fue publicada en 2021, editada por Azur. En 2022 obtuvo el accésit a ‘mejor autora local’ en el XVI Certamen de Relatos Breves “Mujeres” (2021), del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, por *“La madre de María”*.

Toda una vida

(ACCÉSIT MEJOR AUTORA LOCAL)

La luna brilla sobre la casita de piedra albeada y a lo lejos se escucha el ulular triste de una coruja. La construcción, aunque humilde, es como tantas otras del valle: rodeada por un muro bajo con cancela, consta de dos habitaciones tan solo, y afuera, a tres pasos de la entrada, está el fogón de piedra seca, con apenas una techumbre precaria para resguardar el fuego del viento y las escasas lluvias, con su buena provisión de aulagas secas a un lado y un yesquero guardado en una lata. Más allá, el brocal del aljibe, adornado con un cubo de metal y la larga soga con que guindarlo, y, entre medias, la modesta era de tierra apisonada, de poco menos de tres por tres, a la espera de ahorrar lo suficiente como para cubrirla de un firme de cemento siempre demasiado caro.

Adentro, a la insuficiente luz del quinqué de petróleo, la madre zurce y remienda mientras la niña practica las letras. Usa para ello el tizne de un palito quemado sobre una madera vieja que limpiará y volverá a utilizar. Ambas, concentradas en sus afanes, apenas reparan en los ronquidos del padre tras la cortina de lona ni en la respiración leve de las otras niñas, justo a su lado, en la cama compartida donde el círculo de luz casi no llega. Atrás, compartiendo pared con la alcoba de los esposos, está la gallanía, donde las bestias duermen compartiendo el calor y el burro rezonga en sueños de tanto en tanto.

La niña se llama Juana, y era la mayor de cuatro hermanas, criada allá entre montañas, en la zona más agreste de Lanzarote, entre pedregales, caseríos desperdigados, bosquecillos efímeros y acantilados abruptos. «Cuatro hembras, cristiano. ¡Cuatro!», le decían con demasiada frecuencia a su padre, mientras sacudían la cabeza con algo demasiado parecido

a la conmiseración. «Al menos tendrá quien le cuide en la vejez...», añadían alguna vez. Pero Francisco siempre se tocaba el ala del sombrero, en un saludo breve que era más bien una despedida que no lo comprometía a nada, y seguía su camino, llevando de la brida al burro. «No y no... —protestaba para sus adentros—. Todas mis niñas se casarán si así lo quieren. No seré yo quien decida cuál de ellas habrá de quedar soltera», dándoles, a sabiendas, la libertad que las hijas de otros no tuvieron nunca. Más por amor a sus niñas que por otra cosa, desde luego, pero aun así las hizo libres para seguir el ejercicio de su voluntad dentro de los estrechos confines del matrimonio. Libres al cabo...

Por ser la primera, cargaron sobre los infantiles hombros de Juana las tareas de la casa, el campo y el cuidado de las hermanas, y se convirtió en espejo menudo de su madre: doblaba la espalda en la huerta, cargaba en la cadera a alguna de sus hermanas o zurcía a puntadas diminutas. A los seis años les perdió el miedo a las gallinas que tanto la aterrorizaban de más pequeña. A los siete guindaba con una pericia que solo deslustraba su falta de fuerza para subir el balde colmado. Y a los diez, la calceta y el crochet no tenían secretos para ella. Tenía once cuando nació en ella el sueño de ser maestra, de tener el conocimiento de los secretos del mundo al alcance de sus manos. Y mientras descamisaba y desbarbaba piñas, Juana recitaba en voz queda los ríos de España. Solo luego, cuando las labores ya estaban cumplidas, iba en busca de su tizón y su madera vieja. La madre suspiraba al verlo, pero la dejaba ir.

Un año especialmente duro, cuando la brisa traía rumores del Alzamiento, y en ausencia del varón, faenando allá donde los moros, la madre, Frasquita, y sus cuatro hijas viajaron a Gran Canaria, con la familia de él. Aunque la vida era igual de dura, trabajaban en sus tierras, cerca del pueblo (sobre todo

vegas rellenas a saco y varios canteros de altura), Juana llamó la atención de una de sus muchas tías —esta de dineros y posibles—, por sus ojos despiertos y maneras sensatas. Y, delante de una aromosa manzanilla, la señora entretenía de tanto en tanto la idea de que la niña estudiara para bachiller en la capital, con la condición de hacerle compañía en su viudez. Juana miraba a su madre y Frasquita la miraba a ella, una sintiendo el vértigo de la esperanza en la boca del estómago y la otra viendo el suelo abrirse bajo sus pies. Si Juana se iba, su madre sabía lo que vendría después: paseos por la plaza, visitas de uno o dos pretendientes, miradas en la iglesia, apenas veladas por el calado de la toquilla y, antes de darse cuenta, la habría perdido para siempre, casada en isla extraña. Pero la guerra, hasta entonces lejana, finalmente las alcanzó.

De la tía de la capital nunca más se supo... En el pueblo se oían tiros y gritos en la noche. Las fincas fueron expropiadas y los varones de la familia presos. Con el hambre y el miedo de aquellos días arañándoles las entrañas, la madre les encontró trabajo como temporeras y subsistían como podían, de pueblo en pueblo.

Estaban en Sardina del Sur, en la zafra del tomate, llenando los capazos y guardando cada tanto en las faltriqueras los tomates demasiado bichados que ya no servían para la venta, cuando la señora que les preparaba el rancho a los trabajadores llegó corriendo, y, sin aliento, les trajo la noticia del fin de la guerra.

Frasquita sintió la mano de su hija mayor apretada en la suya.

—¿Terminará ahora el hambre, madre? —preguntó Juana, con la voz teñida de esperanza.

—Dios lo quiera... —contestó ella, por no mentirle.

Tiempo después, cuando las aguas de la política se asentaron y pudieron reunirse con Francisco, regresaron a Lanzarote y se fueron a vivir a Mala, entre tuneras, secanos de picón y lagartijas, a una casita casi igual que aquella en la que habían nacido todas sus hijas. Los pueblos de Mala y Guatiza vivían de la cochinilla y su tinte carmín, y se alzaban como islas sobre un mar de verdes pencas. Tuvieron que aprender a cosecharla y, con la primera venta que tuvieron, Francisco compró bloques para cerrar la cocina y construirle una alcoba de techo de madera a su esposa. Y el segundo año, cemento para afirmar la era más allá del aljibe y encalar toda la casa.

Poco después, Juana se casó.

Y el matrimonio supuso la renuncia definitiva a aquel sueño no nacido (ni permitido nacer siquiera, mas siempre acariciado y anhelado en secreto) de haber sido maestra, si la guerra y los dineros hubieran sido otros..., porque una mujer casada no podía hacer otra cosa que atender a su familia. Y, efectivamente, antes de cumplir los 22, ya tenía a los tres varones que le nacieron.

Su hombre, le decía ella, el que ella había elegido como compañero de vida. Con su sonrisa de galán de cine y un tabaco negro sin filtro entre los dedos, nunca fue un mal marido, pero vivían uno a cada lado del muro de su sexo y de su género: el cabeza de familia era él, el hombre, y era él el que decidía a quién se votaba —cuando se pudo— y en qué terrenos se invertían los ahorros. Juana era la que tenía que ahorrar pesetas de donde no las había y sobre quien recaía cada tarea de la casa y de los niños.

Se rompía la espalda en las huertas junto al esposo y más tarde, mientras él se fumaba un cigarrillo, escuchando el parte en la radio, o leyendo el calendario zaragozano, ella iba guindando baldes del aljibe para la cocina, la colada, el ber-

negal, o el baño con cazo de 'agüita de sol' para sus niños de piel tostada.

Su vicio —su escape— eran las plantas ornamentales, de esas que crecen asilvestradas en macetas improvisadas (latas de pintura, de aceite o garrafas de plástico) sin apenas ningún cuidado. Si había tiempo, en verano, fabricaba un par de macetas de cemento y las decoraba con conchas de lapas o de caracolas. Las juntaba en los bordes de la era y creaba bosques en miniatura que por las tardes se llenaban de pájaros, alpispas diminutas, gorriones pardos y canarios manchados, jilgueros de collares rojos, herrerillos azules y amarillos, mirlos negros..., a los que atraía con la bendición de las cacharras de agua dispuestas para ellos. Ella cerraba los ojos y se deleitaba en sus cantos de alegría, en la bulliciosa algarabía de cada atardecer.

Mientras, la vida se le iba en la recogida de la cochinilla con la cuchara larga, escogiendo las pencas, bajo la sombrera de palma trenzada y cosida por ella misma, llenando sacos, luego mudándolos, de vuelta a las tuneras para ponerlos a sudar, y de nuevo la cuchara, de nuevo el ciclo, y, al final, colocando los tablones de cochinilla secándose en la era, siempre temiendo que una lluvia de verano estropeará el trabajo de tantos soles...

Pero Juana también supo ser la voz que guiaba, que encauzaba y que cambiaba los destinos de los hijos sin quebrar la voluntad del esposo.

Esa noche, el hijo menor no dormía, aguzando el oído a las voces susurradas que le llegaban de la alcoba de sus padres.

—Dale permiso. Tiene que buscar su propio destino.

—Es muy joven... —protestó el marido.

— ¿Qué vida le espera aquí? No va a estar labrando la tierra toda la vida...

El padre transigió al final, concediéndole a su hijo la oportunidad de buscar una vida fuera de la isla.

Los años pasan, y mientras la casa se le va llenando de nietos, Juana sigue tendiendo las sábanas al sol, sobre el arenado de picón, semejando velas de barco cegadoras gracias al azul blanqueador que siempre usó. Tiene ahora luz y una cocina de gas pero sigue prefiriendo su plancha de hierro y no la eléctrica que le regalaron sus hijos con sus primeras pagas. Además, fue precisamente ella quien cuidó a sus padres cuando los años les doblaron la espalda porque todas sus hermanas hicieron su vida lejos.

Las nietas la recuerdan volviendo de las huertas de las afueras del pueblo, con una cacharra de pintura de quince litros en la cabeza llena de higos picones, apenas sustentada en equilibrio por un rodete de tela y un brazo experto, mientras el marido hacía rato que ya había llegado a lomo de Torito, el burro, cargado con los sacos de cochinilla. Pero ella sonreía, les sonreía a las nietas que corrían a recibirla y a quitarle la pesada carga entre gritos de « ¡Abuela, abuela!» y « ¿Nos das uno?». Ella volvía a sonreír al verlas cargar a duras penas la cacharra entre varias y solo entonces decía: —Están calientes. Y hay que barrerlos primero—. Le seguía un suspiro de decepción colectivo que ella encontraba divertido y luego añadía, encogiéndose de hombros: —Aunque supongo que solo uno no les sentará mal...—. Y las nietas, claro está, respondían con exclamaciones de alegría.

Juana les enseñó, con mayor o menor fortuna, lo mismo que su madre cuando ella era niña. Pero también les enseñó que había que cultivar la independencia, o al menos un espacio al que llamar propio, con sus momentos privados para seguir siendo ella sin dejar de ser lo único que se le permitió ser, hija,

esposa y madre. Suscitaba en sus nietas la chispa de la rebeldía pasiva —siempre dentro de los muros del ser mujer— y de la voz propia, diferenciada e independiente de la de su hombre. Sobre todo, les enseñó que dentro del matrimonio hay que ser una misma y no una sombra muda del esposo.

—Abre el ojo y esparrama la vista —fue el consejo que le dio a la primera nieta que dejó la isla para estudiar en Tenerife—. No dependas nunca de nadie —agregó, poniendo en su mano un billete verde de 1000 pesetas.

Juana vive los cambios del mundo a través de sus nietas. Unos podrán gustarle más y otros menos —y algunos, nada en absoluto—, pero los abraza, a pesar de esa renuencia persistente, aprendida y cómoda de tantas décadas, porque sabe que los cambios han venido para quedarse, para hacerlas más libres, más ellas y no la imagen esperada e impuesta por los demás.

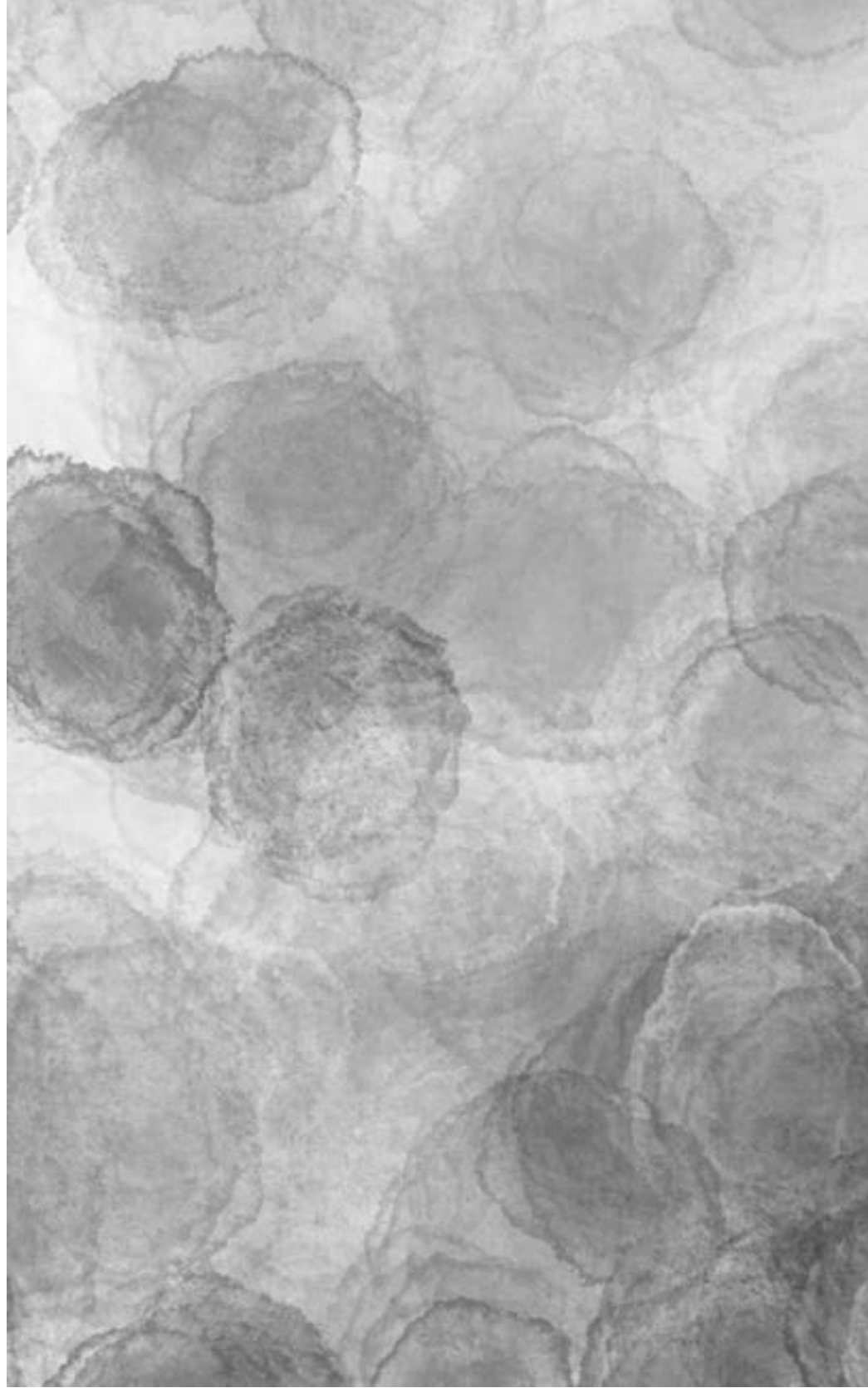
Ella, siempre con los pies en el suelo, hace mucho que aprendió a vivir con la aceptación de sus decisiones, aunque, de vez en cuando la nostalgia por los 'y sí', por las posibilidades que nunca fueron, se le cuelen en el alma.

Hace poco cumplió 99 años y se siente cansada. Cansada de los años vividos y de enterrar a dos hijos y al esposo. Juana quisiera dar reposo a sus viejos huesos, pero la vida se aferra a ella por costumbre, porque no sabe hacer otra cosa... En su jardín de hojalata y cemento crecen ahora también crisantemos para sus muertos, pero los pájaros siguen viniendo al atardecer y ella detiene su labor de hilo para escucharlos.

Ha perdido la cuenta de los bisnietos y tataranietos pero presume orgullosa de todos ellos. Se aferra con uñas y dientes a su independencia, y transige tan solo en que los nietos le hagan la compra en la ciudad (y eso tan solo porque la tienda del pueblo cerró definitivamente). Pasa las horas haciendo crochet o bordando a punto de cruz con el runrún de la tele de

fondo y tiene hasta lista de espera. Nueras, nietas, sobrinas y bisnietas le encargan bolsos, visillos, cenefas, cuadros, manteles y tapetes y ella siempre les dice «No te digo pa' cuándo, porque tengo otros encargos». Y la verdad, ese "pa' cuándo" nunca es demasiado, porque para Juana su alegría es el ofrecerse a los demás y ver la sonrisa con que reciben su regalo. Y el deseo oculto de que quizás, con suerte, quede de ella tras su marcha algo más que sus labores de hilo.

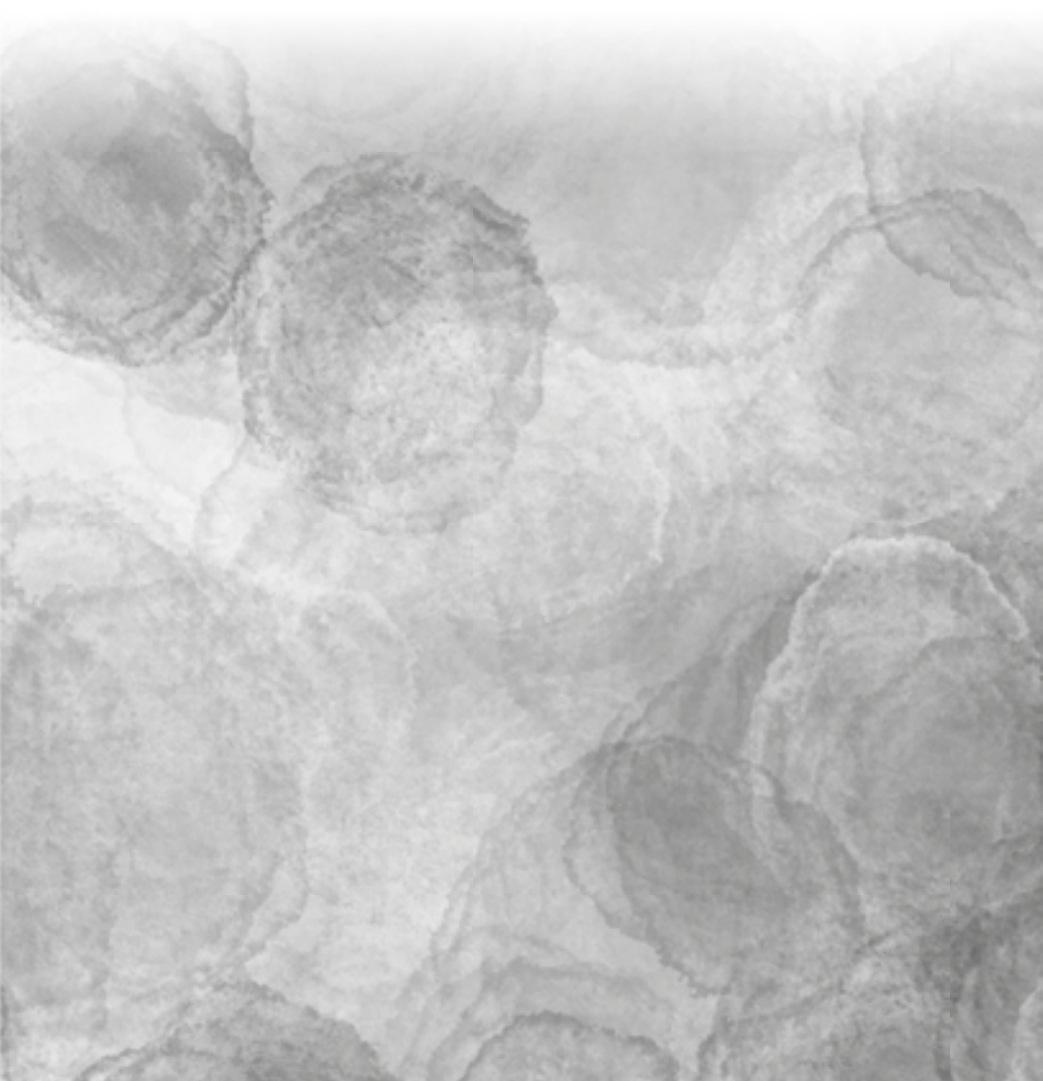
En sus propias palabras, «Hasta que Dios quiera...».



PRIMER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Asuntos propios

Nuria García González



NURIA GARCÍA GONZÁLEZ

Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y Máster en Gestión de Empresas de Comunicación y Audiovisuales por la Universitat de Barcelona (UB). Periodista políglota, ha desarrollado su carrera profesional entre Alemania, Bélgica y España en distintos medios y gabinetes de comunicación, colaborando simultáneamente con publicaciones de temática social y cultural durante muchos años.

En su faceta de escritora de relatos, ha obtenido importantes premios a nivel nacional como el Premio de Narrativa "Ciudad de Elda" (2013), el 2º Premio del Certamen "Mujerarte" (2013), Premio de Narrativa "Villa de la Eliana" (2014), Premio del Certamen Literario para la Igualdad del Ayuntamiento de Burgos (2016), Premio "Villa de Guardamar" 2019 en la modalidad de narrativa sobre igualdad de oportunidades, 2º Premio del Certamen "Manuel Vázquez Montalbán" (2020) y Premio de Relato "Carmen de Michelena" (2020), entre otros muchos galardones y accésits. Además, Nuria García ha formado parte del jurado designado para distintos certámenes de narrativa y poesía.

Sus relatos y microrrelatos tienen un marcado carácter de denuncia social: violencia de género, igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, acoso laboral, situación de colectivos vulnerables, inmigración, desigualdades socioeconómicas, etc.

Asuntos Propios

(PRIMER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

Un yogur natural, 3 huevos, 200 de harina, 175 de azúcar, 1 vasito de aceite, 1 cucharadita de vainilla, 50 de cacao y 1 sobrecito de levadura. Voy cantando al estilo de Vainica Doble, aunque con menos entusiasmo por lo culinario, en realidad. Meto el molde al horno. En medio del olor dulzón de mi cocina, reviso otra vez el informe de turno. Se lo envío a Gámez. El teclado del portátil queda pringado con mis huellas dactilares. Busco las gafas tanteando por la encimera. Una ristra de antipáticos mails van llegando a mi bandeja de entrada.

De repente recuerdo que el plazo del judo acaba hoy, así que me pongo a rellenar un formulario *online* y realizo el correspondiente pago para la plaza de mi hijo. Me concentro en los correos apremiantes cuando me llama por teléfono Gámez, El Omnipresente. Como charla y charla sobre naderías, me pongo a remover las lentejas, para que no se me peguen. El informe tiene un error de forma, dice, hay que rehacerlo. “¿Cómoooo?”, me quedo helada. Lo he revisado cinco veces. Quiero llorar. “Los epígrafes no cuadran, anda, dale una vuelta, dale una pensada”. Aspiro, suspiro, como en las clases de pilates a las que antes, en mis años felices, solía asistir, cuando mi tiempo y mi bolsillo me permitían cuidar de mí misma. Mi cuerpo ha pasado ya a un segundo plano y lo primordial ahora es llegar a fin de mes, tener contento al déspota de Gámez y cuidar de mis hijos. ¿Qué es lo prioritario? Noto mi cuerpo en rebelión cuando sus órdenes no son debidamente cumplidas y, otras veces, mi organismo se resigna, languidece e incluso se bloquea porque él también requiere atenciones. Desde que teletrabajo, esta situación es más grave aún por-

que hago más horas. Todo esfuerzo tiene su recompensa: me siguen dejando teletrabajar, gracias, así puedo llevar a los niños al colegio y recogerlos yo misma. Mientras pienso cómo abordar ese tedioso informe, pincho con una aguja el bizcocho, chupo la aguja y me quemo la lengua.

Estamos a 27 de mes, no he cobrado y mi exmarido no me ha pasado la manutención. Se está retrasando y pide mi comprensión porque – asegura – sus negocios van regular por culpa de la crisis y la inflación, los clientes se demoran en los pagos y él sigue pagando a tocateja a sus proveedores. Todo esto lo sé, pero lo que trasciende para mí en estos momentos es que yo y los niños no somos prioridad para él.

No acumules ira hacia tu exmarido y disimula porque tus hijos lo notan y eso no les hace ningún bien. Es la máxima de mi madre cuando me oye quejarme siempre que viene a echarme una mano, armada de sus consabidos comentarios: “Los nenes tienen las uñas más negras que un minero, mira ese cerumen, mételes bien los dedos cuando les bañes... ¡Tienes las plantas deshidratadas! Te hace falta una funda nueva para el sofá”. “Me hace falta un sofá nuevo, pero no me lo puedo permitir”, contesto, mohína.

Envío el whatsapp - sin ira y sin rencor - a mi exmarido para que me ingrese la manutención ya porque el día 30 del mes se me antoja lejano si quiero pagar luz y wifi, gastos que no me cubre la empresa. Suerte que mis superiores, en un acto de generosidad, me donaron este portátil durante la pandemia, un chisme reciclado, es decir, un portátil perteneciente a un directivo anteriormente. Debo estar agradecida por la herencia, a pesar del trasto obsoleto con el que premian mi profesionalidad. Cuando tecleo me dejo las yemas de los dedos. Eso sin mencionar las posturas que adopto en la mesa del salón, o donde me pille, armada con un cojín para contrarrestar esta

epicondilitis que no se cura. Si sacas a colación la necesidad de una silla de oficina decente, Gámez te suelta eso de “vente a la ofi, aquí tenemos buen mobiliario”. Y me callo pensando en la eterna hora de ida, más otra hora de vuelta en transporte público. Quiero depositar personalmente a mis hijos en el colegio, con el beso matutino sobre sus sonrosadas mejillas. Es una bendición esto de conciliar.

Las lentejas ya están listas y parecen comestibles. Me siento frente al árido informe para finiquitarlo antes de las 13:00 horas. Tengo que ir a recoger a los niños. No puedo permitirme pagar el comedor, es una disyuntiva: comedor o extraescolares. Todo no se puede.

Cuando disecciono el documento – por sexta vez – caigo en la cuenta de que el orden de los epígrafes no es cosa mía y, además, resulta ilógico. Alguien ha metido mano en mi trabajo y, como bien se sabe, muchas manos en un mismo cocido... Apuesto que ha sido por obra y gracia de mis compañeros JPérez y AHernández aportando su granito de arena para que mi informe luzca más complejo y enrevesado. Pero ahí estoy yo para arreglar el entuerto que han liado los otros a base de grandes dosis de paciencia, comprensión y entrega, que son cualidades innegables de muchas féminas. Con otro café caliente sobre la mesa, apuro el tiempo delante del portátil mientras Gámez se pone insistente vía whatsapp: “Venga, tú puedes, pero que sea para hoy”. Se me acelera el pulso con estos mensajes de incordio.

Voy reconstruyendo un informe que iba bien encaminado y que me han arruinado JPérez y AHernández, los ojitos derechos del jefe, intachables asesores. Termino de revisar las conclusiones, doy una vuelta al estilo para hacerlo más comprensible. Mi exmarido contesta al whatsapp que le he enviado hace dos horas, pero no menciona el dinero. Me regala

un emoticono implorando: el viernes “se ha complicado” y no puede hacerse cargo de los niños. Tiene un trabajo importantísimo para un cliente y, además, su coche sigue en el taller. Me pide el favor de recoger a los críos a mediodía, darles la comida y esperar a que el coche esté listo. Justo este mismo viernes es especial para mí. Es mi primer viernes libre en mucho tiempo, por eso estampé mi firma con determinación en el impreso de **asuntos propios** del departamento de RR.HH.

Doy a “enviar” con el informe revisado y, evidentemente, mejorado. Gámez me manda un emoticono sonriente, nada de agradecimientos. Me pongo las deportivas y salgo corriendo hacia el colegio. El pequeño lleva una coronita de San Valentín con dos corazones rojos. Me la quiere poner en el cogote, me agacho, el crío se me sube encima y me caigo contra el áspero asfalto del patio del colegio. Nos reímos porque mamá se ha hecho “pupa” en el trasero. El mayor repasa en alto las tablas de multiplicar mientras regreso a casa arrastrando a un nene de tres años agotado con la jornada intensiva. “¿Qué hay de comer?”, el mayor va tirando de una mochila repleta de libros de texto. Subiendo la cuesta hacia el portal, suena mi teléfono varias veces. Será Gámez, pero no puedo atender la llamada. Lavarse las manos, quitarse las zapatillas, hacer pis: son los imperativos que repito diariamente nada más llegar a casa.

Sentados a la mesa, y con un plato de lentejas frente a nosotros, comentamos la jornada, las cuitas con los compañeros del mayor, los problemas fisiológicos del pequeño. “Me he manchado en el cole, pero solo un poquito”, me confiesa. Me lo tengo que llevar al baño para cambiarle el calzoncillo y pasarle la esponjita. “No te preocupes, cariño, a veces pasa”. Pone gesto compungido. Gámez ya se ha cansado de llamar, pero me está lanzando WhatsApp como torpedos. Cuando miro el teléfono entre cucharada y cucharada, cuento hasta

ocho mensajes seguidos. Maldigo con una expresión que no es nada acertada, habida cuenta de que mis hijos están presentes. El mayor se ríe: "Has dicho una palabrota. Se lo voy a decir a papá". "Come y calla", retruco.

Terminamos de comer y acuesto al pequeño para que me deje trabajar durante la siesta. El mayor ha cogido mi *tablet* a escondidas. Le reprendo, le pongo a hacer unos ejercicios en la mesa del salón y me siento cerca para ayudarle. Gámez vuelve a insistir. No me queda otro remedio que coger la llamada. Ahora resulta que se ha invertido el orden de prioridades. Ya no tienen validez los mensajes que me envió esta misma mañana, dice "olvídate", han surgido temas "acuciantes". Me trastoca la agenda mientras le oigo mascar un palito integral como un roedor. "Las circunstancias obligan", por eso tengo que dejar un trabajo a medias para meterme de lleno en otro que me ha encasquetado.

Bufo con fastidio. Abro la bandeja de entrada buscando el asunto "informe de gestión 2021". Mi hijo me pregunta alguna duda de matemáticas y empiezo a meterle prisa porque tenemos que irnos al polideportivo a clase de natación.

Me interrumpe una nueva llamada y ahora sé que no puede ser Gámez porque a esa hora suele estar comiendo en su bar favorito. Es Gladys, la asistenta que cuida a mi exsuegra. ¿Qué pasará? Me explica de manera atropellada que la señora ha tenido una caída, *un resbalón no más*, y que está en el suelo del salón, que ya ha llamado a la ambulancia, pero no logra localizar a mi exmarido, por eso pensó en mí. Se me viene el mundo encima porque mi exsuegra vive a dos manzanas de mi casa. Tengo que ir, no puedo negarme. Me pongo el chaquetón y reclamo a mi vecina Pili del 3ºB, una jubilada amante de los niños, para que se quede con mis hijos hasta mi regreso.

En casa de mi exsuegra me encuentro a Gladys intentando levantar a pulso el cuerpo de la pobre mujer, que me mira con alivio: "Hija, no sé si me he roto algo, qué caída tan boba". Decido que es mejor poner un cojín debajo de la cabeza de la accidentada mientras llega la ambulancia. Por si acaso, no moverla. Mi exsuegra empieza a lloriquear. Yo la tranquilizo: "No será nada, ya verás". Llegan un médico y un ATS para realizar las debidas comprobaciones. No parece que tenga nada roto, pero, por precaución, se la llevan al hospital para hacerle un chequeo. Mientras la bajan en la camilla, tomo su mano para infundirle ánimo y ella entonces aprovecha para lanzar su cuña: por qué tuve que separarme de su hijo, si lo he pensado bien, que la vida de mujer separada es dura, que la decisión no fue adecuada. "Obdulia, calma", digo yo. Mi exmarido ya está localizado y va de camino al hospital.

Regreso a casa. El pequeño se ha despertado y está desparrramando yogur líquido por el salón mientras mi amable vecina Pili juega a las damas con el mayor. Paso la fregona, le agradezco el favor a mi vecina y preparo a los niños para la natación. Me llevo el portátil dispuesta a seguir trabajando mientras pueda y donde sea.

Tras la clase, seco y visto a los niños en los vestuarios. Están muy hambrientos y caigo en la cuenta de que no llevo merienda para ellos. Me he despidado con el accidente de mi exsuegra, así que les arrastro hasta una pastelería de camino a casa, solución que a los dos les parece estupenda. "Eres la mejor", me dice el mayor mientras mastica con avidez una palmera de chocolate. Al pequeño se le cae el donut al suelo, se pone a gritar enloquecido, así que tenemos que desandar el camino y comprar otro donut para aplacar su llantina.

Ahora llega lo más duro del día: acabar los deberes, empezar con los baños y las cenas. El whatsApp me reclama de forma

pertinaz en el peor momento. Es probable que otra vez sea Gámez, querrá saber si le he dado una "pensada" al informe, pero yo sigo enjabonando cabezas con vigor, dejo a los niños jugueteando en la bañera mientras voy veloz a la cocina a apagar el brócoli y las patatas, que casi se me deshacen. Tengo olvidos cada vez más frecuentes. Saco dos pijamas limpias, echo un vistazo al móvil y veo varios mensajes que han llegado, pero aún tengo que secar y aplicar cremita a los niños, poner la mesa y batir cuatro huevos para hacer una tortilla. Me digo a mí misma que esperen, que no me da la vida. Siento a los niños a la mesa. El pequeñín derrama el vaso de leche por el hule, voy a buscar una bayeta, suena el móvil, tres, cuatro, cinco veces. No puedo responder porque tengo que ayudar al peque a terminar su cena y los odiosos mensajes siguen pitando. Me enfado con las nuevas tecnologías que nos hacen la vida angustiada, a fin de cuentas, aunque sean una bendición para la conciliación familiar. Viva el teletrabajo. Seguro que Gámez me está buscando a estas fatídicas horas porque él, con seguridad, tendrá quien atiende a sus hijos. Le mando al infierno. Cuando terminan su plato y les pongo a jugar con el Lego, agarro el móvil con rabia para constatar que, en efecto, Gámez me pregunta simpáticamente por los avances del informe, que, además, mi mejor amiga me requiere a su lado porque está pensando en separarse del marido y necesita hablar en confianza, que mi exmarido me informa de que la caída de su madre no reviste gravedad, y, para rematar, mi madre quiere saber mis planes para el sábado.

Llega la hora de acostar a los nenes, recogemos el Lego y entonces hago una cosa inédita. Un arrebato insólito: llamo a mi amiga que tanto me necesita y quedo esa misma noche en una cafetería para hablar. Ella acoge la invitación con sorpresa (sabe que no me permito estas licencias) y acepta de inmediato. Consigo que los dos niños se duerman, por fin, y

voy a buscar a mi simpática vecina del 3ºB, le cuento que una amiga está en aprietos y se traslada a mi casa con el ganchillo. La dejo al cuidado de mis dos hijos viendo un programa de variedades en la televisión.

En la cafetería del barrio, mi amiga se está despachando una jarra de cerveza con la cara muy larga. La dejo perorar sobre los pros y los contras de separarse de su pareja, ni siquiera ejerzo de psicóloga, simplemente dejo que su verborrea fluya y, como mucho, cabeceo o emito sonidos como “mm,mm” en solidaridad y convivencia. El monólogo de mi amiga se ve interrumpido por la vibración del móvil dentro de mi chaquetón, pero yo me muestro impasible, soy toda oídos para mi buena amiga. En el momento en que mi atribulada amiga se levanta para ir al WC, miro el móvil para comprobar que los whatsApp que me atosigan siguen siendo los siguientes: mi madre preguntando por mis “misteriosos” planes de fin de semana; mi exmarido rogando que me ocupe de los niños desde el viernes hasta el sábado inclusive, y también un mensaje de Gámez como colofón a mi intensa jornada de hoy: “Sé que te pilló mal, pero mira el email y verás lo que nos ha llegado a última hora, lo vemos mañana sin falta” Le contesto escuetamente: “Mañana será otro día”.

Primeramente, me urge dejar las cosas muy claras a mi exmarido, así que marco su número sin preámbulos: “Tengo plan para este fin de semana, te avisé con tiempo” “¿Y no podrías mover la fecha?” Le suelto un NO rotundo. “¿Tan importante es tu plan?” Me enfada su tono de cachondeo. “Ramón, tengo un billete de AVE para Barcelona”, le informo. Silencio. “¿A Barcelona? ¿Para qué?” Mi mejor amiga ha vuelto del WC y, con ojos expectantes, sigue la conversación que estoy manteniendo. Debe de notar me tensa.

“Como lo oyes”, respondo. Mi exmarido empieza a enumerar los graves impedimentos que tiene ese fin de semana para ocuparse de los niños y yo con la vista perdida en la cerveza de mi vaso: “Sí, claro que se puede hacer turismo otro día, Ramón, claro que los niños son lo primero, clarísimo, pero yo TENGO que estar en Sant Cugat el viernes. Es una cita ineludible, así que me voy”. Ramón no entiende nada: “Sant Cugat, Sant Cugat, ¿Qué demonios se te ha perdido a ti allí si se puede saber?”

Entonces doy la sorpresa a mi ex y, de paso, a mi mejor amiga que me está escuchando muy intrigada: “Me han seleccionado para concursar en *Saber y Ganar*”. “¿Quéééé? ¿En el programa del Jordi Hurtado ese?”, la voz de Ramón suena incrédula. Mi amiga tampoco da crédito. “Estoy ahora con Rosi, te dejo. Arregla tus problemas y ocúpate de los niños”, le despido secamente. Aún escucho la voz de Ramón balbucear como en una ensoñación:

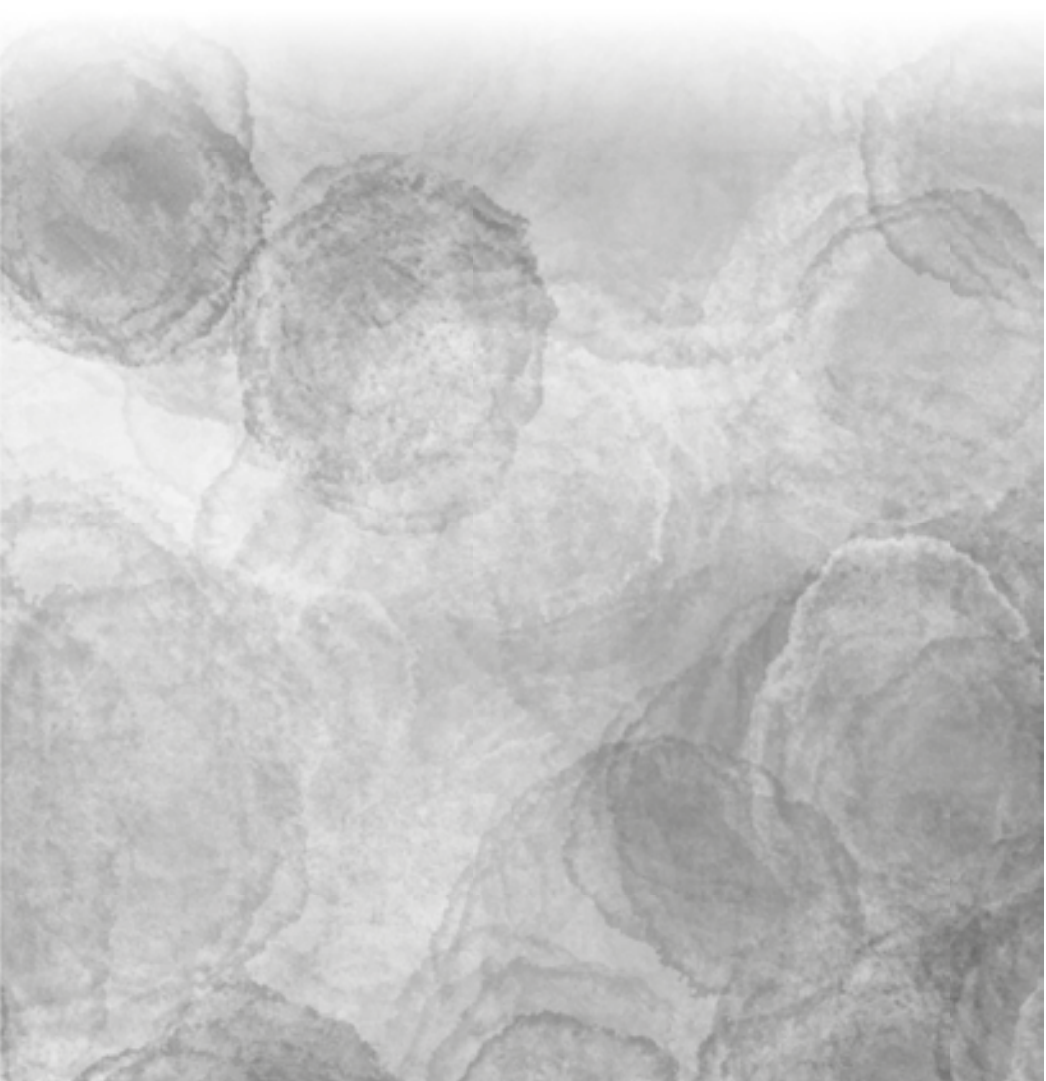
“Yo ya sabía que eras una chica lista tú...”

Entonces corto la llamada. Sin ira ni rencor.

SEGUNDO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Cueva Roja

Antonia López Valera



ANTONIA LÓPEZ VALERA

Nació en Bullas (Murcia), el 29 de octubre de 1972. Realizó los estudios de Filología Hispánica en la Universidad de Granada, dedicándose a la labor docente en diferentes institutos de la geografía andaluza (2000-2017) y, en la actualidad ejerce su labor en el IES. Alcalde Bernabé Rodríguez de Santa Cruz de Tenerife.

Doctora en Estudios de las Mujeres y de Género por la Universidad de Granada con la tesis: *Una lectura feminista y lesbiana de la obra poética de Cristina Peri Rossi: Exilio, cuerpo y deseo*. Ha participado, y participa, en diferentes congresos, mesas redondas, ponencias, charlas... siempre desde el ámbito educativo, en torno a la literatura y desde una óptica crítica feminista y lesbiana.

Como poeta ha publicado una plaquette en el 2009, con el título de *Sueño un camino en libertad*. Y en 2014, su primer poemario con el título de *Remolinos en septiembre*.

En prosa ha recibido el premio a mejor autora local en el Premio XII Certamen Relatos Breves Mujeres 2017 con el relato *Vivir sin remolinos* en Santa Cruz de Tenerife.

Cueva Roja

(SEGUNDO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

Conocí a Nisa una tarde soleada de las pocas que se suceden en Tegueste un día de primavera, el aire, eso sí, como siempre, fresquito.

Pasaba por la Plaza de San Marcos y a su nieta se le escapó la pelota, ella pegó un grito tal, que acudí pronta a dejarle la pelota. Su nieta siguió jugando, pero ella me lo agradeció como si le hubiera salvado la vida; apenas podía caminar, pero como su hija trabajaba no tenía más remedio que cuidar a Fabio y Estela. Hacía de tripas corazón, porque ya no tenía fuerzas.

En menos de diez minutos ya sabía de la vida de su hija como si de una amiga se tratase y es que podría tener la misma edad que yo.

Me senté a su lado. Ese día me habían despedido del trabajo sin darme demasiadas explicaciones y cualquier cosa que me distrajera de mi mierda era bienvenida. Hay días que te levantas con tan buen humor, tan pero que tan contenta porque todo parece marchar bien, que cuando te sobreviene una noticia así, parece que te han sajado sin anestesia ni previo aviso.

Nisa me preguntó de dónde venía, sabía que no era de allí por el acento y por acercarme sin chaqueta –a quién se le ocurre–. Al decirle dónde vivía me preguntó si conocía Cueva Roja. Yo negué con la cabeza y le pregunté por qué de todos los sitios había recordado aquel.

—Cuando era joven, pasaba por allí ¿sabes? y quería saber si estaba como yo lo recordaba, porque hacía más de tres años

que no pisaba Santa Cruz, solo un par de veces al año para ir de médicos y poco más.

—¿Y por qué no le dice a su hija que la acerque algún fin de semana?

—Mi hija dice que las penas hay que dejarlas atrás. Que no merece la pena. Pero para mí hay algo más que penas. ¿Sabías que yo fui lechera?

—Como quiere que lo sepa Nisa, si acabamos de conocernos.

—Es verdad. Me levantaba todos los días a las cuatro de la mañana. Con un poco de suerte mi madre nos daba leche aguateá con gofio, pero hubo días en los que solo calentaba un poco de agua y con hierbas de campo hacía una especie de infusión, vamos aguachirre de toda la vida. Éramos 11 hermanos, los chicos se iban con padre a trabajar la tierra, las papas, las plataneras, cortar leña para bajarla a Tejina —que la vendían a dos pesetas la gavilla—. Aquí siempre hemos tenido viña, y eso da buenos sarmientos, ¿sabes?

Y las chicas nos íbamos con la vecina a vender la leche, caminando de aquí a Santa Cruz, al final íbamos en una carreta, pero yo me recuerdo ir a patita más de cuatro horas hasta llegar, pasando por la Laguna. El calzado era apenas una lengua de lona que se destrozaba de tanto ir y venir; más de una vez he llegado a casa con las plantas de los pies ensangrentadas y mira ahora, que tenemos zapatos para todo —para casa, para caminar, para jugar, para ir a la playa—.

La Cueva Roja era un atajo que cogíamos para burlar a la guardia, porque nosotras no éramos limpias, no; a veces, le echábamos agua a la leche y si te pillaban pues te dejaban una noche en el calabozo o te penalizaban. Después de pasar por el fielato que está cerca de la Plaza de la Candelaria

repartíamos en casas de señoritos. Pero los señoritos, no se enteraban, era tan poca agua la que le echábamos –si es que tampoco éramos unas ruinitas– total, que eso nos daba para sacar unas perrillas y alimentar a toda la familia. Porque cuando el año era bueno y llovía, teníamos uva, millo, papas, bubangos, de “tó”, pero si el año venía seco, nos comíamos las hierbas del monte como si fueran el mejor manjar del mundo. Ahora, en estos tiempos, no entiendo nada de nada, el otro día me llevó mi hija a comer y la ensalada tenía pétalos secos de flores que se comen y yo le dije a mi hija que ya comí mucho de eso cuando era joven.

—Es verdad –dije con una sonrisa de complicidad—. Y, ¿qué han desayunado sus nietos hoy?

—Mi niña, tienen de todo; hasta yo no me creo que pueda desayunar fruta, café con leche y pulguita de queso fresco con mermelada o dulce de guayaba que me trae por el camino de la amargura, porque tengo azúcar y mi hija me recorta. Pero en la nevera de mi hija hay leche entera, semi, sin lactosa, de soja y hasta de almendra y son cuatro, ¡nada más que cuatro! y tienen leche para aburrirse. Yo me enfado, me enfado mucho, cuando se dejan la leche fuera de la nevera y se estropea. Mis nietos no saben lo que es pasar hambre, no, no lo saben.

Y, eso no es todo. Después de echar la mañana caminando y vendiendo leche, teníamos que ir a lavar al tanque que hay en el barranco de en medio; recuerdo que mi hermana mayor lavaba y yo le echaba el agua. Luego, lo poníamos a secar en un muro que había cerca del colegio donde ahora van mis nietos y, mientras tanto, las que estábamos –que siempre éramos cinco o seis–, echábamos unos cantes o nos contábamos los chascarrillos del pueblo. Era un momento de alegría compartida, de descanso agradecido y ya te ibas a tu casa con la

ropa limpia y seca en un cesto. Y lavarnos, no nos lavábamos todos los días, no. Mis hermanos cargaban en un palo dos baldes de agua y tenían que caminar más de tres kilómetros para traer agua limpia y con eso pasábamos todos los hermanos a echarnos un agua, porque entre lo fría que estaba y lo poca que era, te hacías un “lavao” de gato como quien dice. Pero como todas las familias estaban igual, pues no olíamos mal –ríe– o, por lo menos eso creíamos.

Se hacía tarde, el sol nos había abandonado y ella tenía que recogerse, porque, aunque su hija llegaba a las nueve y media, ella con sus pies cansados y sus manos deformadas por la artrosis, tenía que darles la cena y ducharlos con toda clase de mimos.

Me despedí de ella hasta otro día, le dije que nos volveríamos a ver pronto porque ahora tenía tiempo por las tardes. Y que me había encantado conocerla.

De camino a casa, pensé que la vida de Nisa se parecía mucho a la de mis abuelas y hasta la de mis padres. Vidas de sacrificio, de silencios ensangrentados, de fatigas, de miserias, de trabajar fuera y dentro de casa, aunque siempre hemos creído que es un invento moderno. Vidas de ayuda mutua entre los vecinos, de familias agarradas a la vida día a día, porque no sabían si habría más días, así, sin más. Si ellas no hubieran tirado del carro, yo no estaría aquí, no tendría mil alimentos entre los que elegir y no sabría reciclar porque ellas me enseñaron a comérmelo todo, a no tirar nada, a ponerme-lo hasta que ya no se pudiera más, un zurcido por aquí, otro por allá...

Paseé más tardes por esa plaza, quería encontrarme con Nisa, confieso que albergaba alguna esperanza de volver a verla. Pero los días estaban siendo malos, de llovizna y frío, ese aire que se mete en los huesos y no puedes arrancártelo.

Tres meses después vi a Fabio y Estela en la plaza, el corazón me dio un vuelco y busqué en cada uno de los cinco bancos de la plaza a su abuela, pero no la encontré. Vi un grupo de mujeres más o menos de mi edad charlando de sus hijos e hijas. Quise acercarme, pero no me atreví, intuí que una de ellas era la hija de Nisa, tampoco sabía cómo se llamaba. Si me acercaba pensarían que estaba como una regadera. A los peques tampoco es plan de preguntarle por la abuela ¿y si había pasado algo? Era imposible que me reconocieran, Estela apenas me miró cuando le devolví la pelota. Era la misma pelota y el mismo juego, me atrevería a decir que hasta los mismos niños y niñas.

No me soporto cuando me entra ese halo de timidez absoluta y no sé ser natural, no era tan difícil: me acerco y con respeto y educación le pregunto. Creo que me asustaba su respuesta. No sé por qué siempre me pongo en lo peor.

De pronto, veo que la gente está saliendo de misa y la veo agarrada a una mujer de su misma edad más o menos, las dos iban hablando la mar de animadas. Yo, me alegré y quise correr, pero me sostuve y esperé –y esperé– a que estuvieran más cerca.

—Nisa, ¿se acuerda de mí?

—Ay, mi niña, pues claro que me acuerdo de ti, lo que no sé es tu nombre. Pero estuvimos aquí hablando de la vida y la muerte. Mira con gesto divertido, casi travieso a su acompañante y me dice que es su amiga Justa. Ella y yo íbamos a vender leche y también a la primera fiesta de San Marcos que se hizo en este pueblo. Los muchachos y las muchachas se juntaban a cantar, bailar, comer y beber hasta que se acabara. ¿Te acuerdas?

—Me dejaste un vestido marrón, feo como él solo, pero era un vestido y yo me sentía elegantísima. Después conociste a tu Manolo y siempre me decías que acariciaba como si tuviera una lija en las manos.

—¿Cómo no me voy a acordar de mi Manolo? que en paz descanse. Era más bueno, un poco abrutado, pero es que no hacía más que trabajar, las cabras lo hicieron solitario y huracán, siempre lo he pensado. Y, así es cómo empezó a empaturrarse primero y a hacer locuras después.

Justa no quería decir que su marido fue un borracho, que llegó un momento que la vida junto a él se le hacía insoportable. Que sus hijos crecían a golpe de gritos y palizas por no levantarse a ponerle una perrilla de vino. Que ella callaba, y lloraba, que ella lloraba y callaba. Aunque de puertas para fuera siempre mantuviera su mejor sonrisa y esas canciones que espantan las penas. No dijo nada de esto, pero su mirada se ensombreció, el brillo de sus canas se apagó, sus manos se agarrotaron... Justa no lo dijo, pero yo intuía que era así. Y, entonces su amiga Nisa, salió al quite con ella.

—¿Te acuerdas Nisa cuando encontramos al guarda durmiendo? —Las dos se miraron con gesto cómplice y empezaron a reírse—.

—Ay, ¡cómo éramos! Resulta que el guarda era muy mayor y se dormía casi siempre. Un día, le atamos los cordones de las botas a una rama fuerte que había cerca y, mi Manolo silbó, para que despertara y tropezara. No pudimos dejar de reírnos en todo el día, el pobre nunca supo que fuimos nosotras.

Poco tiempo después, la mujer del guarda fue a mi casa a regalarnos media docena de huevos, las vecinas siempre se ayudan —nos dijo— y yo me sentí mal por esa gamberrada de chiquitas. No os podéis imaginar lo felices que fuimos al día

siguiente comiendo esa tortilla de papas entre los trece que éramos en casa.

Entonces recordé a mi madre, que de niña le dieron tres huevos y de camino a casa se comió uno crudo del hambre que tenía y entonces mi abuela cuando se enteró la castigó. Y se lo conté a Nisa y a Justa, me encantaba la forma de sonreír que tenían y la complicidad que entre las dos había.

Nos llegamos a ver unas cuantas tardes más. Y, así, sin prisa, el tiempo se acurrucaba en nuestras palabras, nos dejábamos mecer al arrullo de historias pasadas y presentes, porque al futuro nos daba miedo llegar.

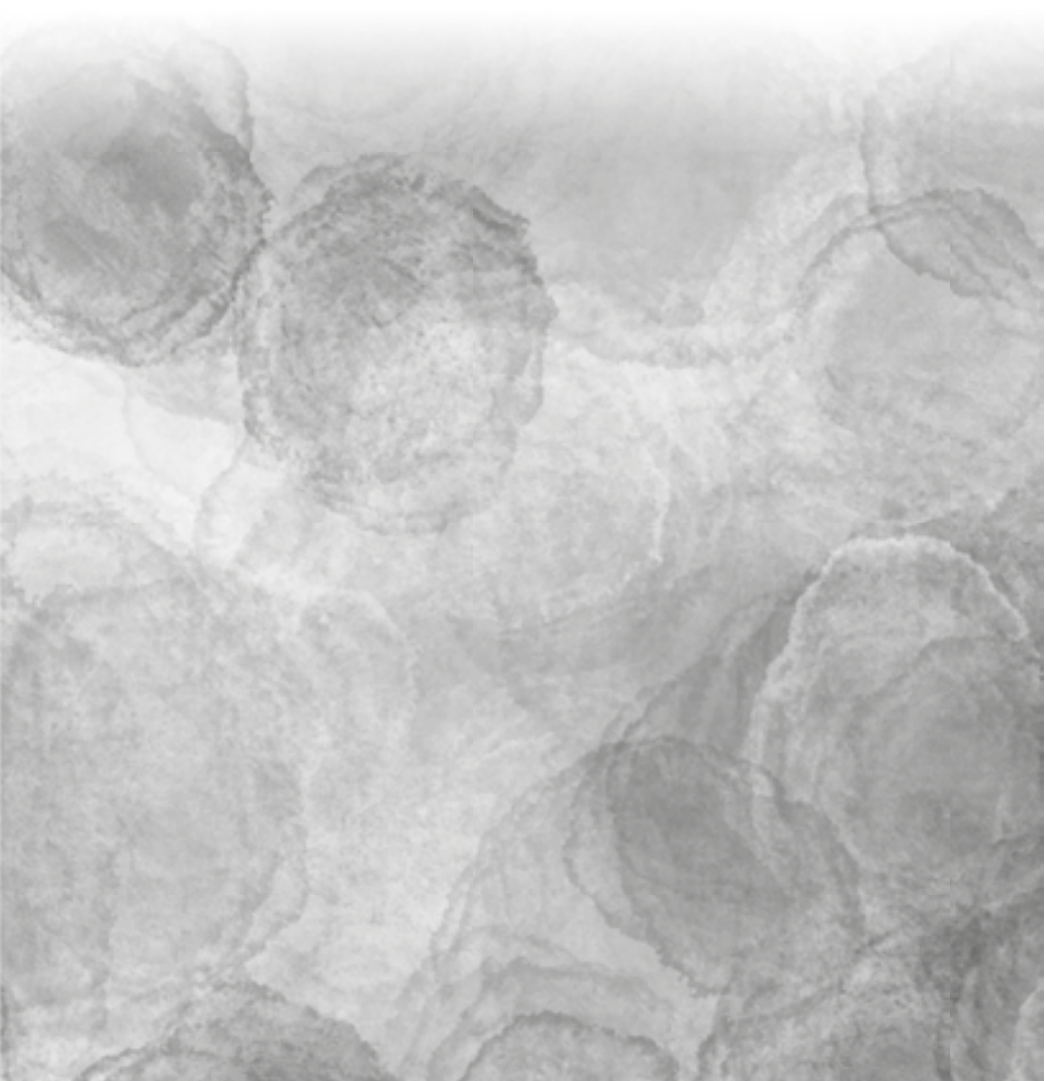
Me equivoco, una tarde le dije a Nisa:

—No inventes nada para el viernes que le tengo preparada una sorpresa: nos vamos de excursión a Cueva Roja y después a Santa Cruz a tomarnos un helado.

TERCER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Programa de castigo

Laura Urcelay



LAURA URCELAY

Nació en Santander en 1985. Durante la adolescencia publicó microrrelatos en la revista canaria *La Tapa*. En 2007 participó con el relato *El viaje de Paula* en el libro colectivo *Fricciones*. Con *Satur* (2009), obtuvo el segundo premio del concurso de relato corto «50º Aniversario estudios nocturnos del I.E.S Marqués de Santillana».

A partir del 2017 comenzó una etapa de gran producción literaria centrada en la narrativa corta. Con sus relatos ha resultado ganadora y finalista en distintos certámenes literarios. Entre ellos, ganó el «Premio Internacional de Narrativa Joven Abogados de Atocha 2018» con el relato *Hasta luego, futuro* y el segundo premio «Nuestros Mayores» de Zenda con *La canción del huermanito* (2020).

Interesada en el realismo, sus historias tienen un denominador común: la protagonista es siempre mujer. Así, su primer libro publicado es una compilación de doce relatos de mujeres que reunió en el libro *Mujeres de retales* (2018).

En 2020 decidió dar el salto a la novela y publicó *Hasta luego, futuro: historia de una niña Palestina*.

Actualmente vive en un pueblo de Barcelona, donde compagina su trabajo de psicóloga con la escritura.

Programa de castigo

(TERCER ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

Ocurrió cuando me quedaba una semana para salir del manicomio. Era una mañana de verano. Me había sentado en el banco de hierro, bajo el sauce. Bordaba un petirrojo. Intentaba que se pareciera a los que pululaban a mi alrededor. Les había cogido cariño; su canto era la única señal de libertad que había escuchado en medio año. Bordar no se me daba bien. Me habría resultado más placentero leer, incluso dibujar, pero no era a mí a quien debía complacer. Cumplía los requisitos que había aprendido allí adentro: llevaba la melena desenredada y recogida; los botones del vestido los tenía atados, hasta el que me apretaba la garganta; el cuello erguido, la espalda recta, la posición de señorita que tanto gusta al doctor Carranza.

El doctor siempre aparece en el jardín a las diez en punto. Toma su café en el porche y comienza la ronda visitando a las internas que más avances han hecho y tienen la recompensa de pasar el día fuera. Supongo que eso le da tanta satisfacción, que luego enfrenta sus terapias con mayor firmeza. Así lo hizo aquel día en que yo bordaba bajo el sauce. Salió con su traje, su corbata, su bata desabrochada, sus gafas redondas y su tacita de porcelana. Habló con el celador que nos vigilaba. Debíamos de ser cinco o seis las internas del jardín. No nos relacionábamos entre nosotras, no estaba permitido, mucho menos en mi caso. Cada cual, en solitario, paseaba, cosía o bordaba. El doctor Carranza se acercó una por una. A mí me dejó para el final.

—Buenos días, Margarita. —Hice como que me sorprendía su presencia, como si hubiera estado absorta en mis labores—.

¿Cómo lleva el petirrojo?

—Hola, doctor. Avanzo y disfruto.

—Así me gusta. —Noté tres palmaditas en la cabeza—. En unos días estará de vuelta con su marido y sus hijos.

No me dio tiempo a contestar, un chillido desgarró la tranquilidad del jardín y el doctor corrió hacia la entrada.

Eso fue lo primero que conocí de ella, sus gritos. Me puse en pie para ver por encima de los setos. La escena que presencié no debía de ser muy diferente a la que yo misma había protagonizado meses atrás. Dos celadores arrastraban a una mujer que se retorció y los insultaba. No alcancé a verle la cara, la tenía cubierta por unos rizos oscuros que me descongelaron sentimientos. Llevaba el vestido sucio, revirado. Tras ella, junto a un coche, el doctor le agitaba la mano al que imaginé que era el marido. Ambos fumaron mientras miraban cómo los celadores metían a la mujer en el edificio del que no saldría en mucho tiempo. Lo supe por su fuerza, por su hostilidad. Sería difícil doblegarla y eso tendría consecuencias graves en ella, como las había tenido en mí. Yo sabía lo que pasaría a continuación. Y al día siguiente, y al otro, y al otro. Los sedantes, la desorientación y todo lo demás. Y por una cuestión digamos emocional, impulsiva, por ese sentimiento que me habían despertado aquellos rizos, decidí que debía ayudarla. Me solté el pelo, me lo alboroté y grité como al principio. Grité que odiaba a mi marido y le engañaría en cuanto saliera de aquella jaula en la que habían abusado de mí con su consentimiento; que antes de irme iba a cortarles la mano a todos los que me la habían pasado por mis partes. La reacción fue inminente. Aparecieron dos celadores, me agarraron los brazos y supe que al día siguiente los tendría morados. El doctor se acercó:

—Un momento. —Los celadores se detuvieron, pero no aflojaron la fuerza—. Qué ha pasado, Margarita, si estaba usted perfecta.

—Te voy a freír los huevos con esa máquina que tanto te gusta —le contesté.

—Tranquila, es solo una recaída. No debería haber presenciado la entrada de la nueva, es usted muy sensible. No se preocupe —dijo, mientras anotaba algo en su cuaderno—, volveremos a empezar.

Y todo volvió a empezar.

Me llevaron a mi habitación. Me pusieron la camisa de fuerza. Me obligaron a tomar sedantes. Perdí el conocimiento. Cuando desperté, me dolían los brazos, pero ya estaban liberados. Tenía la cabeza embotada, el estómago revuelto. Había un vaso de agua en la mesita; lo bebí de un trago. Estaba fresca. Me ayudó a eructar, pero no me calmó la sed. Poco a poco recordé. Me sentí mejor al darme cuenta de que, esta vez, había elegido yo pasar un tiempo más ahí dentro. Ahora necesitaba un plan para acercarme a la nueva y hablar con ella. Me costaba pensar, como si una tela de araña pegajosa me atrapara el razonamiento. No me había dado tiempo a hilar una idea con otra cuando escuché la manilla de la puerta. Un celador me observó sin entrar. Lo miré un segundo y dejé caer la barbilla contra el pecho. Me gritó que me vistiera y fuera al salón del desayuno. Entendí que había pasado un día entero. Entre el dolor de brazos y la poca energía, me llevó tiempo ponerme el vestido. No me molesté en colocarlo bien, mucho menos en peinarme. Si me hubiera visto a mí misma recorriendo el pasillo, aquel pasillo largo sin una triste maceta, aquel pasillo por el que sonaban amenazas, me habría dado la misma lástima que me daban mis compañeras: brazos y babas colgantes como lianas que arrastraban los pies.

El salón olía a café requemado y tostadas. Lo que habría dado en ese momento por un arroz con leche. Pensé que sería lo primero que haría al salir: tomar arroz con leche junto a mis hijos. Pero no podía recrearme en ese deseo o perdería el foco. Me concentré en sorber el café sin que se derramara y escruté la sala en busca de la nueva. Reconocí su melena cuatro mesas más allá. Los rizos le cubrían la espalda y, aunque no la veía de frente, supe que jugaba con uno, enredándolo y desenredándolo en el dedo. Yo no era la única que la observaba. Desde una de las puertas, Rufino, el celador, la devoraba en silencio. Ella intentó agarrar la cucharilla y la cucharilla cayó al suelo. Rufino se acercó con el pretexto de recogerla. Imaginé su aliento de coñac sobre la cara de la mujer y sentí una arcada. Al levantarse, le frotó la verga en el costado y le sobó el pecho. La reacción de ella me cogió por sorpresa. Debía de tener una fortaleza increíble, con la cantidad de calmantes que le habrían administrado, se levantó de un salto y se abalanzó sobre Rufino, que perdió el equilibrio y cayó al suelo. La mujer se puso a horcajadas sobre él y le golpeó la cara mientras lo insultaba con aquella voz ronca. Vi a dos celadores que corrían por el pasillo. Un pensamiento atravesó la tela de araña y, antes de que llegaran, saqué fuerzas y me uní a ella. Agarré el pelo grasiento de Rufino y tiré de él con todas las ganas.

Acabamos las dos en el suelo, bocabajo, con la cara aplastada contra el mármol. Nos miramos. Lo último que recuerdo es su sonrisa, una sonrisa de victoria.

Desperté en la habitación de aislamiento. Vomité en la palan-gana que me habían dejado junto al catre. Me pesaba todo el cuerpo y la araña había tejido su tela más gorda y pegajosa en mi mente. Pero había dejado un hueco libre por el que me llegó un pensamiento: la nueva estaría en otra celda, cerca de

mí; Rufino estaría en el pasillo, encargado de vigilarnos. Bebí medio vaso de agua, con la otra mitad me refresqué la cara. Me desabroché el vestido desde el cuello hasta el inicio de los pechos, hice una doblez de tal forma que quedara un escote en pico. Me pellizqué las mejillas, me arreglé la melena. No hacía falta nada de eso para excitar a Rufino, aunque sí para convencerlo de que estaba dispuesta; dispuesta a que me tocara, a que me besara, a que se tumbara sobre mí. Lo llamé. Me dieron más asco sus ojos mirando mi escote desde el otro lado de la puerta que sus manos agarrándolo un segundo más tarde. Dejé que me manoseara un momento y le prometí que podría hacer lo que quisiera después de llevarme con la nueva.

Como siempre, lo primero que vi de ella fue su melena. Estaba sentada en la cama con la espalda contra la pared. Tenía las piernas flexionadas y abiertas. La cabeza caída, de modo que los rizos tocaban el colchón. Levantó una mirada furiosa que se suavizó al encontrarme. Le advertí del poco tiempo que teníamos, de mi intención de ayudarla. No dijo nada, no se movió, me miraba fijamente. Tuve miedo, pensé que quizá estaba loca de verdad, que saltaría sobre mí y me golpearía la cabeza contra el suelo. Bajó su mirada a mis pechos. Sonrió. Dijo que se llamaba Diana y me invitó a sentarme a su lado. No estuvimos juntas más de cinco minutos en los que habló de un libro que estaba escribiendo, de unos personajes que estaban allí, en su cabeza y no la dejaban en paz. Su marido le había prohibido escribir y, como no le había obedecido, la había encerrado por demente.

—No estoy loca, estoy harta —dijo—. Me gustaría asesinar a mi marido.

Yo le hablé de mi mejor amiga, del día que, mientras jugábamos en el río, nos besamos por primera vez. De cómo mi

esposo me había encerrado al enterarse. Luego le expliqué lo que tenía que hacer para salir de ahí cuanto antes.

—Ni loca les doy a esos cerdos el gusto de la sumisión —contestó.

Traté de describirle el programa de castigo del doctor. Le hablé de la agujada del ganado, de las decenas de manos sujetando su cuerpo, las descargas, las convulsiones y las pérdidas de memoria. Nada, no lo entendería hasta que no lo viviera, como me había pasado a mí. Rufino abrió la puerta.

—Nos veremos en la sala de recuperación —le dije a Diana.

Volví a mi celda y empecé a chillar cuando Rufino me empujó de cara a la pared.

No sé si pasaron horas o días hasta que volvimos a vernos. Sólo sé que parecía una muñeca de trapo, igual que yo, derrengada en el sillón. Ni siquiera sus ojos mantenían la fiereza. Había algo nuevo en ellos. Y a pesar de que la tela de araña era gruesa y esta vez no había dejado ni una grieta, esa mirada me tranquilizó; supe que Diana aceptaría las normas del manicomio mucho antes que yo.

Hoy vuelvo a estar en el jardín. Sentada en el banco de hierro, bajo el sauce. Llevo el pelo desenredado y recogido. Los botones de mi vestido atados, hasta el último que me aprieta el cuello, aunque no me asfixia tanto, porque el verano ha pasado, pero mantengo la espalda recta mientras bordo un nuevo petirrojo. Bordar se me sigue dando mal. De vez en cuando levanto la mirada y veo a Diana. Está sentada a una de las mesas cercanas al porche. Está recta en su silla, cosiendo un pedazo de tela. Tiene los rizos domados, el vestido limpio y bien puesto, las piernas cerradas. Sonríe como una idiota. Ha aprendido rápido.

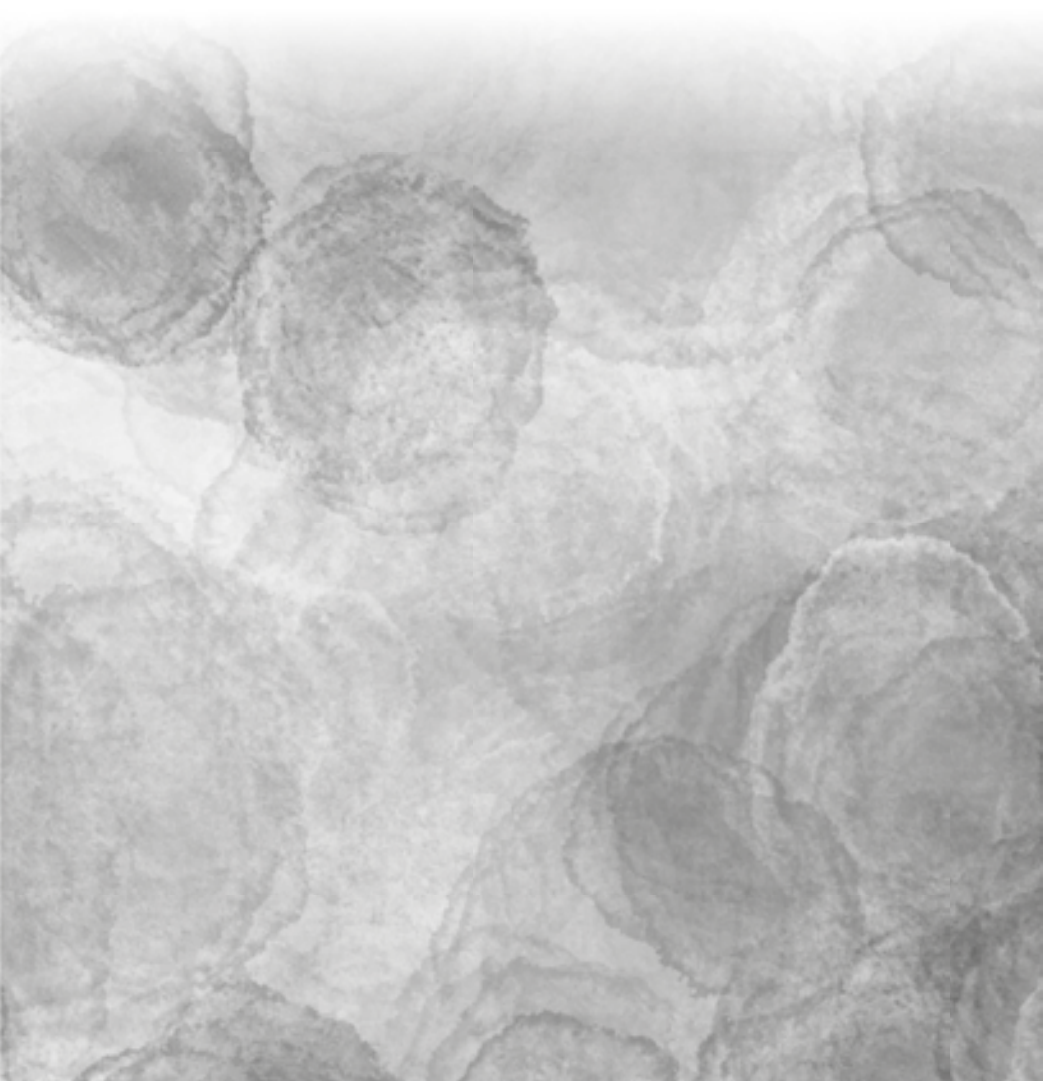
Pronto saldremos ambas. Hace un momento vino el doctor, nos dio sus palmaditas en la cabeza. Si seguimos así, en una semana estaremos en casa, con nuestros maridos e hijos. Cuando el doctor se ha marchado, Diana me ha sonreído con su sonrisa de verdad, su sonrisa de victoria. Mi sacrificio ha merecido la pena. Pobre doctor, qué lástima. Seguirá creyendo que su programa de castigo es eficaz. En cierto modo lo es. Eficaz para preferir un odioso marido.

Cuando salgamos, sé que no debería ver a Diana. No me conviene. De lo contrario, corro el riesgo de que me vuelvan a encerrar. Sé que tendría que conformarme con soñar despierta mientras bordo y bordo petirrojos. Soñar con sus rizos oscuros, espesos, entre mis dedos. Soñar con su vestido sucio, desabotonado y revirado. Con sus muslos abiertos. Con su espalda encorvada sobre mí. Ella también debería conformarse con soñar. Soñar y escribir en su cabeza; soñar con asesinar a su marido. Más nos valdría conformarnos si no queremos volver al programa de castigo del doctor Carranza. Pero tengo la sospecha de que conformarnos nos enloquecería de verdad.

CUARTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN

Textura de un silencio

Saro Díaz Monroy



SARO DÍAZ MONROY

Nació en Telde (Gran Canaria). Periodista y escritora, a lo largo de 20 años trabajó en medios canarios como La Provincia, La Opinión de Tenerife o la extinta agencia Ideapress. Hace diez años vive en Bilbao. En 2022 obtuvo el Premio de Relatos Manuel Llano (Cantabria) con 'Animales solitarios' y en 2013 ganó el XII Certamen de Narrativa Femenina en Toledo con la novela 'Maldita falta que hace leer a Proust'. Asimismo su obra 'Reverso de un verano' se publicó como resultado del Premio de Novela Corta Ciudad de La Laguna 1996. Su feminismo surgió por ciencia infusa, escuchando durante la infancia en Telde cómo los adultos normalizaban la violencia contra las mujeres. Luego no hubo paso, conocimiento o decisión que no lo apuntalaran. La literatura y el feminismo integran las bases de su devenir personal e intelectual.

Textura de un silencio

(CUARTO ACCÉSIT DE PUBLICACIÓN)

El muy cabrón alargó la mano con la aviesa intención de tirarme del pelo, tan borracho que ni se acordaba de que me lo había cortado precisamente para evitar situaciones semejantes. Aproveché para quitarle el vaso vacío de la mano, en su estado cualquier objeto se convertía en arma arrojadiza. Convencida de que se levantaría a por mí, resultó que no, se quedó tumbado con los ojos cerrados, exhausto. El médico le ha prescrito medicación para que el colesterol no le siga subiendo hasta el ictus que se está buscando, pero no la toma, y lo que es yo carezco de energía y motivación para obligarlo. Allá él. La verdad es que últimamente lo noto tan cansado que apenas se molesta en atacarme verbal o físicamente, así que igual tiene menos fuerzas que yo, que ya es decir. Me pareció que roncaba, ¿o era un estertor? Ni idea, lo mejor era largarse a hacer algún recado en la calle. Si me apresuraba todavía llegaba a la frutería. Me acerqué un poco y vi que su móvil se había quedado sin batería, si le pasaba algo no podría llamarme. Bueno, que le den, no es culpa mía que haya abandonado la medicación, ni que beba cada vez más desde que heredó lo de la tía Consuelo y dejó el trabajo en el almacén. Le dirigí una última mirada desde el dintel de la puerta y casi me dio pena. Sudaba, su gordura resultaba agobiante a la vista, no como esas otras retozonas y alegres, la suya parecía forzada. Un tanto mosqueada me acerqué de nuevo hasta él, y entonces abrió los ojos inyectados en sangre y me ordenó, balbuceando, que llamara a urgencias. O eso me pareció entender. Me apetecían unas fresas, la frutería cerraría en breve, así que me cambié el calzado, me eché por encima la rebeca gris, cogí las llaves y salí del piso seguida por lo que me parecieron farfulleos en medio de insultos. Lo habitual.

La temporada de fresas acaba de empezar, no sé si estarán buenas o aún ácidas. Habrá que probarlas, qué ganas. Y berenjenas, puerros y patatas, no muchas que si acarreo demasiado peso no soportaré la espalda luego. Lo que dejaba en casa acobardaba el asomo de entusiasmo que despuntaba en mí en cuanto lo perdía de vista. Que durmiera, le vendría bien, así se relajaría. Aunque no parecía aquella una curda normal de las de todos los días. En la frutería, la mujer con el pañuelo en la cabeza a modo de diadema me saluda amablemente. Soy muy sensible a la amabilidad de los desconocidos. Josémari odia a la encargada de esta frutería, dice que es un hombre disfrazado, a él lo de haber nacido en el cuerpo equivocado le suena a ciencia ficción, necesita tener claro que es una mujer para despreciarla a conciencia. Las fresas lucían espléndidas. "Pruebe una, ya verá", me invitó la mujer. Le hice caso. Muy ricas, están muy ricas, justo lo que me apetece. A lo mejor las pongo con yogur y ya con eso ceno, no tengo mucha hambre. Él ya no creo que despierte esta noche, por si acaso queda algo de carne en la nevera. Es muy de carne roja, aunque se la han prohibido los médicos. Dicen que la gente que come mucha carne muestra mayor agresividad. No sé, pero si no puedo hacer que tome la medicación, menos aún que se vuelva vegetariano. "Como una vaca, siempre comiendo hierba", comenta despectivamente cuando ve mis ensaladas. Igual le da un ictus con tanta carne, tanto tabaco y tanto alcohol.

Mientras me pone los puerros, las patatas, y la berenjena charlamos sobre el tiempo. Su fuerte acento extranjero me parece acogedor, quién sabe por qué. Acaso porque asimilo al amparo todo lo que no sea brutalidad. Pago y nos deseamos buenas noches. Su manera de hacerlo me calienta el corazón, me indica que el mundo más allá de mis circunstancias domésticas resulta alcanzable. En lugar de regresar al piso directa-

mente, doy un paseo. Se está bien en la calle al atardecer, un poco más fresco. Rodeo el parque. En la terraza del bar estaban algunos conocidos jugando la partida de cartas. Los miro con disimulo, envejecidos prematuramente como mi marido, por la bebida, por el tabaco, por la mala leche y la desesperanza que diseminan a su paso, resignados a que lo mejor de sus vidas transcurra dentro de un vaso y sobre el tapete verde de la mesa alrededor de la que juegan. “¿Dónde anda Josemari? No ha bajado hoy”, interrogan curiosos al verme pasar. “No se encuentra bien, le diré que habéis preguntado por él, lo mismo baja ahora”. “Bueno”. “Bueno”.

Observé a la gente que paseaba a sus perros. Parecían satisfechos, tranquilos, sin miedo a volver a sus casas, apenas preocupados por si los canes hacían caca y pipí. Hay vidas así, pendientes de unas mascotas con pedigrí. Han perpetrado una pintada en el muro que se levanta al salir del parque por la parte más cercana a mi portal, un muro absurdo, como si alguien hubiera intentado ponerle puertas al campo y hubiera descubierto después de poner algunos ladrillos que resulta inútil. La pintada pone “Siempre putas, siempre madres, nunca artistas”. Como que todos están dispuestos a reconocernos como prostitutas, paridoras y criadoras pero no como inventoras o creadoras. Eso es. Me hubiera gustado ser artista, mostrar a los demás mi visión de las cosas. Aunque tendría que tener una visión que mostrar. A lo mejor la tengo y no me he dado cuenta.

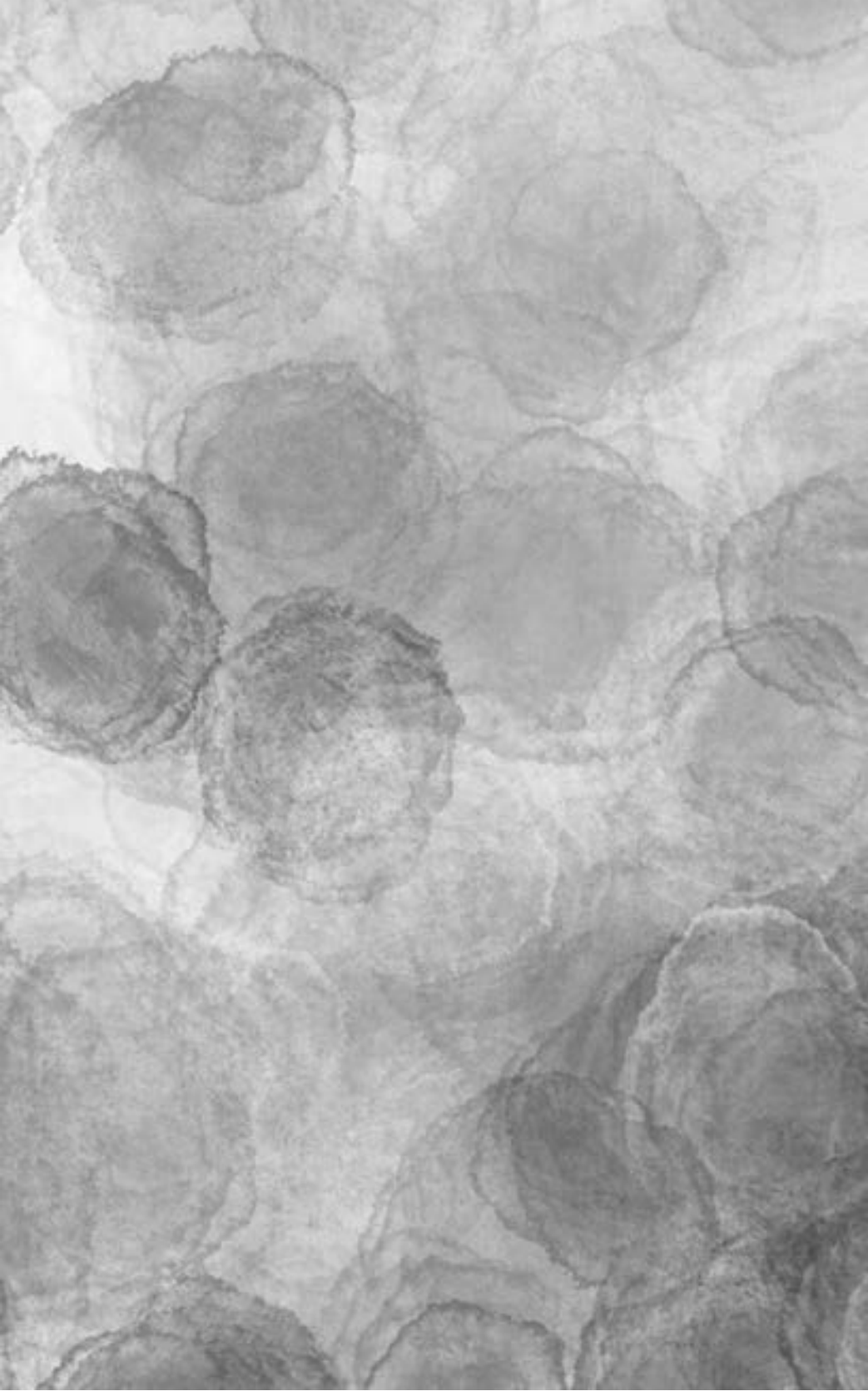
Dicen que somos fruto del azar y la necesidad, pero yo lo soy del azar y el qué dirán. Metí la pata hace años, cuando deduje que me había enamorado de Josemari por el simple hecho de haberme quedado preñada. Total, nuestro hijo no lo soporta y le ha faltado tiempo para largarse. Es influencer, a saber lo que quiere decir. Ha hecho bien, lo pasaba fatal cuando su padre me acorralla en el transcurso de sus borracheras. Me

haría activista, de esas que le dicen a los demás lo que han de hacer, solo para recomendar a las jóvenes que ni se les ocurra casarse con nadie por estar embarazadas. Podría haber interrumpido el asunto, pero me asustó más hacerlo que seguir adelante con la barriga. Quiero a mi hijo, pero podía haber vivido perfectamente sin él. Esto es algo que nunca puedes decir en voz alta, sobre todo ante otras madres. La información es importante, y disponer de apoyos y dinero cuando llegan los problemas. Josemari vio los cielos abiertos cuando le anuncié que estaba preñada, enseguida habló de boda. Y me metí en la rueda que se organizó, todos tan contentos, una boda, ya ves. Tan joven, era demasiado joven. Con 19 años es imposible que tomes decisiones convenientes para el futuro, a lo sumo qué quieres estudiar. Pero se me daba mal, y luego mi familia no ayudaba, les parecía bonita una boda. En fin, mejor no pensar qué hubiera sido de mí de no haberme casado entonces, si no hubiera tenido a Jaime. Me pone triste.

Al abrir la puerta del piso me golpeó el silencio. Que nadie crea que el silencio es siempre igual. Qué va. Para nada. El silencio adquiere la textura de su origen. Está el silencio momentáneo entre dos que hablan, ese del que dicen que ha pasado un ángel. El silencio al otro lado de un teléfono, lleno de ansiedad y premura. El silencio en el campo interrumpido por pájaros y grillos. Está el silencio de quien calla y el silencio de quien habla mucho y todo el tiempo tratando de ocultar lo que le afecta. El silencio goloso y alegre de un cuarto donde duerme un bebé, acaso acompasado por el tic tac de algún reloj. El silencio que se establece tras la violencia está cargado de culpa y vergüenza, de pena y ganas de llorar hasta anegar el mundo. El silencio que palpé en cuanto di vuelta a la llave y entré era el que reina después de un bombardeo. Y eso que nunca he presenciado ninguno, pero lo imagino así: un silencio que restablece un nuevo orden, acaso peor, acaso mejor.

Dejé sin prisa las compras sobre la mesa de la cocina y me demoré lavando las fresas, colocando el resto en la nevera y en el armario de abajo. Luego me senté en la silla de formica junto a la ventana y mordí una de las fresas. Deliciosa. La vecina de enfrente colgaba la ropa, el cielo se oscurecía paulatinamente. Acaso descargara alguna tormenta, el aire olía a lluvia sin caer, a palabras guardadas en algún cajón olvidado. Al fin reuní valor, me levanté y fui a la habitación deseando que estuviera durmiendo, tal y como indicaba el silencio, aunque aquel silencio resultaba más denso que el del sueño. Allí estaba. Despatarrado. Pero no se oía nada, no roncaba. Eso sí que era raro, por lo general parece una orca en pleno apareamiento. No respira. Qué tontería, cómo no va a... No, no respira. Me quedé paralizada, tenía el móvil descargado en la mano, como si hubiera querido usarlo. Le toqué el pecho, no se movía en absoluto. Estaba, estaba ¿muerto?

Lo había visto en una película, un espejo para comprobar si le quedaba aliento. Cogí el del baño, uno pequeño que usa para afeitarse, como si el grande donde me miro yo para arreglarme no le gustara, por no compartir no compartíamos ni el espejo. Sólo aquel techo agorero lleno de amenazas. No tenía que haber ido a la frutería dejándolo en semejante estado. No sé, no parecía una borrachera normal. En fin, una se vuelve puñal harta de ser la herida. Era un hecho, no respiraba. Lo miré un momento sobrecogida, le quité el móvil de la mano aún caliente. Y entonces me fui a la cocina a comerme el resto de las fresas, a disfrutarlas. Después llamaría a donde hubiera que llamar. El 112, supongo.



XVII CERTAMEN
DE RELATOS BREVES
M U J E R E S

Jurado

PRESIDENTA

PURIFICACIÓN DÁVILA CARREIRA

SECRETARIA

ANA BELÉN CRESPO RIVERA

VOCALÍAS

MARÍA ELENA MORALES JIMÉNEZ

DANIEL MOLÉON MONZÓN

FÁTIMA MARTÍN RODRÍGUEZ

DANIEL BERNAL SUÁREZ

MARÍA ELENA MORALES JIMÉNEZ

Natural de La Laguna, Tenerife, es doctora y licenciada en Bellas Artes por la Universidad de La Laguna. Impartió docencia de Gramática de las Formas en la Universidad de La Laguna, un curso de arte en la Universidad del Claustro de Sor Juana de México. D.F., y Pintura y Educación Plástica y Visual en varios centros de Canarias. Trabajó como redactora en la revista *Correo del Arte* (Madrid) y en la *Agencia Canaria de Noticias ACNPRESS* (Tenerife). Entre diciembre de 2005 y diciembre de 2012 desempeñó los cargos de responsable de prensa y actos públicos, correctora, editora y directora de colecciones en Ediciones Idea. En 2013 edita la trilogía «Somos solidarios». Ha publicado multitud de artículos sobre arte en libros, manuales, catálogos y revistas especializadas, así como en los periódicos *Abc-Canarias*, *El Día*, *Diario de Avisos* y *La Opinión de Tenerife*. Ha publicado varios relatos y poemas en libros colectivos y la novela *Malgache* (Ediciones Idea, Tenerife, 2004; segunda edición: 2008). Su tesis doctoral *Lo pintado y lo escrito. Límites y conexiones. Análisis comparativo entre pinturas de Remedios Varo y textos de Isabel Allende* fue editada por la Universidad de La Laguna en soporte informático (Tenerife, 2005), y resumida y revisada en formato de ensayo en el libro *Los universos mágicos de Remedios Varo e Isabel Allende. Fantasmas y espíritus* (Ediciones Idea, Tenerife, 2006). Además, ha publicado, entre otros libros, el volumen de entrevistas *DialogArte, conversaciones en torno al arte actual en Canarias* (Ediciones Idea, Tenerife, 2010) y el ensayo *Los lenguajes de la Conca. Arte para tocar el alma* (Tenerife, Ediciones Idea, 2011). En mayo 2014 crea la editorial *Escritura entre las Nubes*. Ha sido profesora de escritura creativa en espacios públicos y privados. Ha impartido cinco talleres de verano de escritura creativa e ilustración en la Biblioteca Municipal de Teguiise – Lanzarote (2017, 2018, 2019, 2021 y 2022) y un taller para adultos y otro para niños los martes alternos durante el curso 2018 - 2019 en la Biblioteca Insular de Lanzarote. Ha editado, coordinado, compilado y prologado los textos de sus alumnos de escritura creativa en los volúmenes *Nubes de relatos 1*, *Nubes de relatos 2*, *Nubes de relatos 3* y *Palimpsesto - pandemia*. Actualmente sigue impartien-

do clases de Escritura Creativa en distintos centros de Canarias. En 2019 le entregan el Accésit de mejor autora local por su obra «El ave que me llevó al Chapare», del XIII Certamen de Relatos Breves Mujeres 2018. Esta obra ha sido incluida en la Audioteca Canaria Actual por la Unidad del Libro, del Instituto de Desarrollo Cultural del Gobierno de Canarias. Además, este relato ha sido ilustrado por las artistas canarias Chaxiraxi Casanova y Evelyn M. Afonso, en dos pequeños libros editados en 2022. En diciembre de 2019 ve la luz su libro *Teguisamos cuentos*. Simultáneamente se publica esta obra en inglés bajo el título *Teguisse Story cookbook*. En la actualidad, prepara *El fantasma de Teguisse* y *la enciclopedia de literatura universal*, una obra que publicará el Ayuntamiento de Teguisse.

Esta información se puede ampliar en el siguiente enlace: **<http://escrituraentrelasnubes.blogspot.com/p/elena-morales.html>**

DANIEL MOLEÓN MONZÓN

Natural de Maspalomas, Gran Canaria. Graduado en Lengua Española y Literaturas Hispánicas y masterado en Formación del Profesorado de Educación Secundaria y Bachillerato, Formación Profesional y Enseñanza de Idiomas por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, acreditado en el uso de Entornos Virtuales de Aprendizaje (EVA) por la DGOIC. Complementa su formación con varios cursos sobre literatura e innovación educativa, campo en el que continúa su formación e investigación.

Funcionario del Gobierno de Canarias, actualmente ejerce como docente en un instituto de Enseñanza Secundaria y Bachillerato en Las Palmas de Gran Canaria, Tenerife, impartiendo las materias de Lengua Castellana y Literatura, de Geografía e Historia y de Valores Éticos. Ha coordinado el eje de Educación Ambiental y Sostenibilidad de la Red CANARIA-InnovAS del IES Marina Cebrián (curso 21/22). También ha trabajado en la docencia de adultos, impartiendo clases de GES y Bachillerato en la Fundación Radio ECCA.

Ha ganado el 1º premio del concurso literario "Disfraces de libro" de la ULPGC (2011).

Ha sido ponente en el seminario *Jóvenes investigadores* de la Casa-Museo Tomás Morales con su trabajo de investigación de final de grado *Mi piba es posesiva: Internet y el español de Canarias*.

Ha participado como revisor de estilo en el POICAN (2022), *Plan de Prevención de la Obesidad Infantil en Canarias*, Dirección General de Salud Pública del Servicio Canario de la Salud. Consejería de Sanidad. Gobierno de Canarias.

FÁTIMA MARTÍN RODRÍGUEZ

Natural de Santa Cruz de Tenerife, es licenciada en Ciencias de la Información / Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y el primer ciclo de la Licenciatura de Bellas Artes por la Universidad de la Laguna. Obtuvo el Primer Premio ex aequo del XXIX Premio de Narrativa Torrente Ballester 2017, con su novela *El ángulo de la bruma*, editada por la Diputación de A Coruña en 2018; el Primer Premio del VI Premio OROLA de Vivencias 2012, con la obra *Las cicatrices de las cosas*, publicado en la edición *150 autores 150 vivencias*, de Ediciones Orola en 2012, y, el Tercer Premio y publicación del II Concurso de Microcuentos Ámbito Cultural-El Corte Inglés 2011 con la obra *El aroma de las estrellas*, publicado en el libro *Señales Mínimas* de Ediciones Idea en 2012.

Ha publicado la novela *El ruido de las preguntas* en 2022 y, algunas de sus piezas, han sido recogidas en diversas antologías como el relato *Espejismo*, en *G21 Generación 21: nuevas novelistas canarias*, de diversas autoras y editada por Anghel Morales en 2020; el relato *Quimera* en *San Borondón un viaje literario* de la antologista Paola Tena en 2020, y, el relato *Caperucita-R* en *Monstruos y superhéroes: Relatos terremotos de las Islas Afortunadas* de diversos autores, publicado por la Editorial Siete Islas, en junio de 2019; el relato *La Espuma*, en *Relatos breves para parejas aburridas o relatos aburridos para parejas breves*, de diversos autores, publicado por la Editorial Siete Islas en marzo de 2018.

Es miembro del Colectivo literario La Pluma Esbrújula y del Colectivo Coordinada F7 (desarrollo de proyectos fotográficos artísticos). Premiada y seleccionada en diversos certámenes de Fotografía y Artes Plásticas (Seleccionada DESCUBRIMIENTOS PHOTOESPAÑA 2012, Fotonoviembre 2009, Certamen de Fotografía de Los Realejos de Derechos Humanos 2006, Concurso Fotográfico EL DIA, Bienal de Artes Plásticas Mapfre Guanarteme 2006, etc.).

DANIEL BERNAL SUÁREZ

Escritor, crítico literario y gestor cultural. Ha recibido, entre otros, los premios de poesía Ciudad de Tacoronte (2008), Luis Feria (2011), Pedro García Cabrera (2013) y Nuevas Escrituras Canarias (2019). Ha publicado los poemarios *Escolio con fuselaje estival* (2011), *Corporeidad* (2012), *Odiana* (2014), *El tiempo de los lémures* (2014) y *Meditaciones del pez austral* (2020), y el volumen de microrrelatos *Manual de crucificaciones* (2019).

Textos suyos –críticos y de creación– han sido publicados en una veintena de medios y revistas especializadas de España e Hispanoamérica. Ha sido incluido en las antologías *Identikit. Muestra de poesía española reciente*, *Poesía Canaria Actual* y *El pescador de letras*.

Dirige la revista *La Salamandra Ebria* (lasalamandraebria.com). Ha impartido talleres de creación literaria en diversos espacios. Fue presidente de la Sección de Literatura y Teatro del Ateneo de La Laguna en el bienio 2017-2018 y ha ejercido labores de producción en distintos festivales de Canarias.

**XVII CERTAMEN
RELATOS BREVES
MUJERES**



Santa Cruz de Tenerife
AYUNTAMIENTO